

7 Feb 8/83

EL SOL Y LOS MCDONALD

de: René Marqués

Tres cuadros de una familia extraña

PERSONAJES

GUSTAVO MCDONALD
TEODORA MCDONALD
ENRIQUE GARCIA
RAMIRO GARCIA
ELISA MCDONALD
ANTONIO
CIRO MCDONALD

BETTY MCDONALD (Hija de Ciro)
UN CRIADO NEGRO
HENRY MCDONALD
SILVIA (Esposa de Henry)
MARY (Hija de Henry y Silvia)
CATHERINE
RAYMOND MCDONALD

LUGAR DE ACCION: Un estado del Sur de Estados Unidos

EPOCA DE LA ACCION: Hoy

CUADRO I

A la derecha de la escena un trozo de jardín iluminado por la luna. A la izquierda, ocupando el resto de la escena interior de una casa solariega: sala amplia y cómoda. Una puerta vidriera comunica la sala con un balcón pequeño que da al jardín. Al fondo de la sala, puerta que conduce al "hall". A la izquierda, chimenea. (Izquierda y derecha del espectador.)

La sala a oscuras. La luz de la luna penetra por la puerta vidriera. Junto a dicha puerta, sentado en una cómoda butaca, Gustavo McDonald, fumando una pipa. Se oye una música lejana, casi irreal.

GUSTAVO:

(Pensando, en susurro impregnado de melancolía) Humo... Humo y cenizas... Siempre igual todo... Ayer, hoy, mañana... El tiempo para mí será siempre igual, siempre el mismo... Los hombres somos espectadores o actores en la vida... Y yo... yo soy espectador. Siempre en la penumbra... Siempre al margen de la acción que he de contemplar sin juzgarla... Porque todo lleva en sí un enigma. ¿Destino? Quizás... No puedo asegurarlo... Hay una máscara que oculta los rostros... Hay una valla infranqueable rodeando las almas que deberían estar más cerca de mi corazón. Sólo me es dado pensar. Pensar... Si no fuese por esta cualidad de animal pensante creería que no existo. ¿Pero es que existo? Sin duda... Aquí estoy yo... Esta es mi casa... Nuestra Casa... ¿Cuántos años estuve ausente de ella? ¿Qué importa? Viajar... Como si el mar o la tierra pudieran borrar el recuerdo. Viajar... Asia... África... Europa... Rebaños de seres extraviados en un desierto impacable... Hombres sedientos de amor que sólo conocen el odio... Buscando refugio en un dios o en una filosofía... Desenraizados de un pasado que se escapa de sus conciencias... Jugando un poco a la religión y otro poco a la política... Idiomas diferentes, y sin embargo un sólo lenguaje; siempre el mismo... Lenguaje que no comprendo... Paisajes que no llegan en mi corazón... Montañas y valles... Nieves y ardores tropicales... Ciudades y campiñas... Viajar... Visión cinematográfica de un mundo en caos... Sol del trópico y yo, en la penumbra. Nieves septentrionales, y yo, una sombra en el paisaje. Viajar... Cuán inútil... Y después, el regreso... Mi casa... El solar de los McDonald. Junto a mí, mi familia... Seres fantasmales que viven una vida monótona... Una vida cuya esencia escapa a mi comprensión. ¿Quiénes son ellos? Sí, ya lo sé. Son los míos... ¿Pero les conozco? ¿Les conozco verdaderamente? Ellos viven, aman, rién, lloran..., Y yo, al margen de sus vidas... Observando... Pensando... La vida que ellos viven no es la mía. Y sin embargo soy un McDonald. ¿Qué ocurre con nuestra sangre? Mi familia. Son tan vivos estos seres tan reales, en su inexplicable irrealidad... ¿No están ahora junto a mí? Sí. Aún cuando más alejados los siento. Mi hermana... He ahí a mi hermana... (Un chorro de luz empieza a destacar de las sombras la figura de Teodora, sentada, haciendo calceta). Es hermosa. Siempre lo ha sido... Es de una hermosura provocativa. ¿Por

28-abn/86.

1 c. 212180

JCB

mbvs

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

qué pienso esto? Recuerdo que al casarse me pareció que Teodore cometía un grave error. Hay bellezas que uno no puede imaginar en la paz hogareña y apagada del matrimonio, Por no contemplar este cuadro emprendí un viaje que duró diez años... Y a mi regreso el cuadro es tal cual yo lo había imaginado... Teodora haciendo calceta. No lo comprendo. Esa mirada apasionada, fija hoy en el tejido. Es quizás una forma de sublimar la pasión. Hacer calceta. Absurdo. Esas manos sólo deben saber de caricias, de besos, de amores turbulentos... ¿Qué pienso? Es de mi hermana de quien estoy pensando... Sí, es mi hermana. Pero también es Teodora... La paz del hogar... Sería sublime si no resultara estúpido tratándose de Teodora. Pero es así... El hogar... El marido... Mi cuñado Enrique... (Un chorro de luz destaca de las sombras la figura de Enrique leyendo el periódico) Marido irreprochable... Hombre íntegro. Sin duda hay hombres que nacen para el matrimonio. Enrique es uno de ellos. Su único defecto es ser extranjero. Y ha entrado en mi familia. No puedo soportar la sangre extranjera que corre por sus venas... Me irrita... Los extranjeros siempre me han irritado... No los comprendo... Fue un destacado atleta en la vida universitaria... Aún conserva sus brazos musculosos y sus manos grandes y poderosas... ¿Por qué relaciono esas manos con el cuello delicado y gracioso de mi hermana? Por el contraste, sin duda. ¿Sería esa fuerza física de macho saludable lo que atrajo a Teodora? Parecen ser felices. Yo siempre me opuse a ese matrimonio... Se miran y sonríen... ¿Se aman aún? ¿Por qué no? ¿Qué significan diez años en la unión de dos seres que juraron amarse hasta la muerte? Se aman... a pesar de ser ella una McDonald y él un hijo de extranjeros... No lo comprendo... ¿Cómo sentirá Enrique el amor? ¿Cómo se lo hará sentir a Teodora? ¿Será un amor primitivo, salvaje? ¿O sabrá él de caricias complicadas y civilizadas perversiones? Es un asco pensar estas cosas... Se trata de mi hermana... Pero el pensamiento es más poderoso que la voluntad... Son felices... Sí, sin duda lo son. ¿Qué más pueden desear? Tienen un hijo. Un hijo. (Un chorro de luz empieza a iluminar a Ramiro, chico de diez años, quien echado en el suelo lee un libro de gran tamaño). Todos encuentran hermoso lo que encierra esa palabra: hijo. Y Ramiro, siendo hijo de mi hermana lo es también un poco mío. ¿Un poco? Ramiro me pertenece.. No porque lo quiera yo... Es ... por su propia voluntad... Nos une un algo extraño... Aunque todo en él es extraño. Es un chico precoz, sombrío... Sus preguntas me desconciertan... Es el que más cerca de mí está y sin embargo es al que menos comprendo... Pero se trata de un niño... No creo que todos los niños sean como Ramiro. La infancia de los demás nunca me ha seducido... Quizás porque veo en ella un reflejo de mi propia vida. La infancia de los otros. Es un limbo estúpido que inspira repulsión... No obstante, Ramiro me atrae... Quizás porque no es sólo un niño... Es ante todo un McDonald, a pesar de su apellido... Piensa y siente como nosotros... Y además siendo niño es... un adulto... Eso... un adulto de diez años. (Por la puerta del fondo entra Elisa. Los chorros de luz que iluminan a los personajes se han ido fundiendo y ahora, la parte izquierda de la sala forma un círculo luminoso que incluye la puerta del fondo, y por lo tanto, a Elisa. Gustavo a la derecha, permanece en la penumbra.) ¡Ah! Elisa. Mi hermanita Elisa... Hay algo en ella como de sol. Por eso sin duda aleja de mí pensamientos sombríos. (Elisa coge un libro, lo abre y lee de pie, apoyada en la radio) Está nerviosa A nadie se le ocurre leer de pie, como si fuera un personaje de teatro... (Elisa mira su reloj de pulsera) Faltan todavía unos minutos. El llega siempre a las ocho y media. Otro cuñado en perspectiva... Pero no es sensato tomar a Elisa demasiado en serio.. Es su tercer novio... El primero había tenido un abuelo con sangre negra... Sólo yo pude descubrirlo... Es prodigioso el olfato de los McDonald cuando de impurezas de sangre se trata... La tribu se reveló contra la posible unión sacrílega y Elisa abandonó a su primer novio... Desde entonces se ha multiplicado su capacidad para amar... Amar... Yo, que no he amado nunca. ¿Nunca? El pasado no cuenta. Deseos, quizás, después, cuando las circunstancias y la edad hablaron imperativamente del sexo... Pero amor... Y luego, el matrimonio... Este cuadro que tengo ante mí me hiela los huesos... No niego que me divierte observarlo. Pero ser yo el protagonista... Además, ¿qué mujer sería mi compañera? Si existiera otra Teodora... Claro, que yo no le permitiría hacer calceta. (Elisa cierra el libro y se sienta.

Cruza una pierna sobre la otra y mueve el pie nerviosamente.)
 ¡Pobre Elisa! El amor en ella es un desquiciamiento nervioso. No conoce la pasión concentrada que palpita en Teodora. Elisa juega con el amor como con un juguete irrompible... (Suena el timbre de la puerta de entrada. Elisa se incorpora sobresaltada) ¿Será él, Elisa? (Vuelve a sonar el timbre) Desde luego, que es él. Tus nervios no te engañan. (Elisa se pone de pie, se arregla el cabello rápidamente y sale presurosa por el fondo) Es poco lo que sabemos de Antonio... Sólo que Elisa lo quiere, o por lo menos se deja querer... Otro intruso entre los McDonald... Pero no importa, nosotros siempre vencemos... Nuestra sangre es poderosa... Dicen que Antonio es simpático... Lo que la gente llama simpático.. A mí no me impresiona ni poco ni mucho. Me parece vulgar... Estoy seguro que hay alguna partícula judía en su sangre. No he podido probarlo... Pero mi instinto no me engaña... Sangre nueva envenenando la nuestra... Sí. Es judío... Si pudiera probarlo... Sólo probándolo convenceré a Elisa... Pero, ¿cómo? Probarlo es imposible... No me explico lo que Elisa ha visto en él. Aunque tampoco me explico lo que Teodora ha visto en Enrique. Son sutilezas femeninas que escapan a mi comprensión. Está muy hermosa Teodora. Pero no, no debo pensar en Teodora... Antonio romperá con su presencia esta paz chocha de hogar burgués. Me parece oírle... "Buenas noches, queridos todos." Y luego a Teodora: "Estas muy hermosa, cuñada." Porque él se considera de la familia... Y nos tutea con desparpajo extraordinario... Me revientan sus familiaridades. Ni dudar que me propinará un gran manotazo en la espalda: "Hola cuñado, siempre tan sombrío, ¿no?" ¿Qué cosas tan absurdas hace el amor? Todo lo idealiza. Debo salir de mi penumbra... Es preciso entrar en el círculo familiar, y actuar. Sí, actuar como hermano, y como cuñado... (Entran por el fondo Elisa y Antonio) (Cesa la música).

ANTONIO:

Buenas noches, queridos todos, queridos todos. (A Teodora) Estás muy hermosa, cuñada. (A Enrique). ¿Cómo te va, hombre feliz? (A Ramiro) ¿Qué hay Ramiro? ¿No me das la mano? (Ramiro finge no oírle y continúa absorto en su lectura) Sí, ya veo que el libro es muy interesante. Muy interesante. Huy, qué hurraño es este chico. Decididamente no me quiere como tío. ¿Y Gustavo? (Gustavo se ha puesto de pie. La luz empieza a invadir la derecha de la sala hasta hacer desaparecer la penumbra en que estaba sumido Gustavo) ¡Hola, cuñado! (Dándole un gran manotazo en la espalda) Siempre tan sombrío, ¿no?

GUSTAVO:

No sabes tú cómo protegen las sombras.

ANTONIO:

Bien. Bien. Yo no entiendo de esas cosas. A mí dame luz, mucha luz. Sin luz no concibo la vida. Por eso me quedo con Elisa. Claro que no me explico cómo puede existir tanta luz en medio de tantas sombras. No, no ofenderse. Los McDonald sois encantadores, pero poseéis cierta cualidad que os acerca a los topos: os gusta la oscuridad; os encanta vivir bajo tierra. Elisa no. Elisa ama la luz, los horizontes ilimitados, la risa, la alegría...

ENRIQUE:

En fin, que Elisa no es un topo.

ANTONIO:

Elisa es una maravilla. Decidme, ¿no es vuestra hermana una sinfonía de luz?

GUSTAVO:

O una orquesta de nervios.

ANTONIO:

Ah, los nervios. Aquel que no vive con los nervios tirantes, como cuerdas de violín, no conoce la vida.

ENRIQUE:

Es toda una sentencia.

GUSTAVO:

¿Del Viejo Testamento... judío?

ANTONIO:

¿Existe acaso un Viejo Testamento que no sea judío? Pero no. Los judíos del Viejo Testamento no conocían el violín. Además no me gusta el Viejo Testamento. Prefiero el Nuevo. Ahí hay paisaje, hay luz, hay vida y pasión. Ese paisaje galileo, esas hermosas mujeres que siguen arrobadas la figura luminosa de Jesús: la tentación, la lucha, la tortura, el triunfo...

ELISA:

¡Qué bien hablas! Tus palabras suenan a poesía.

ENRIQUE:

O a sermón luterano.

ANTONIO:

No me hables de Lutero. Ese era más sombrío que Gustavo

TEODORA:

¡Una velada evangélica! Estoy entusiasmada. Continúa.

- ANTONIO: No sin antes rendir homenaje a tu belleza. Porque si Elisa es la luz tu eres la hermosura. Eres demasiado perfecta. Demasiado perfecta. Te aseguro que nunca hubiera podido enamorarte. Oye, Enrique, ¿cómo lo lograste? Te juro que a mí el miedo me habría paralizado.
- TEODORA: Gracias, querido.
- ANTONIO: No, no. Si es una galantería. Te lo aseguro. Una muy respetuosa galantería. Eres tan hermosa que inspiras miedo.
- RAMIRO: ¿Quiere usted callarse? Es imposible admirar a Shakespeare escuchando tanta necedad...
- ANTONIO: Pido mil perdones, mi querido estudioso.
- ELISA: ¿Por qué no te metes en la biblioteca a estudiar a Shakespeare? Tu cerebro privilegiado debió haber razonado que la sala de recibo no es lugar apropiado para dedicarse a la lectura.
- RAMIRO: La conversación no me distrae de la lectura excepto cuando deja de ser conversación para convertirse en un monólogo idiota.
- TEODORA: No riñais. Sentaos, por favor. ¿O es que vais a salir?
- ANTONIO: No. Yo prefiero la paz del hogar. Igual que tu esposo, Teodora.
- GUSTAVO: Ah, conque ahora prefieres la paz del hogar. Vaya, será preciso creer en tu sinceridad?
- ANTONIO: ¿Pero es que dudas de mi sinceridad?
- ELISA: Yo creo en ti ciegamente. ¿Qué te importa la opinión de los demás?
- ANTONIO: Claro que me importa. Se trata de mi familia. Sería terrible si ellos no creyeran en mí.
- GUSTAVO: Melodramas no, por favor. Es el colmo del mal gusto.
- ANTONIO: De modo que también se me acusa de mal gusto, Teodora, a tí apelo. ¿Soy melodramática?
- TEODORA: (Sonriendo) En tu presencia pienso más en la comedia que en el melodrama.
- ANTONIO: ¿Tengo mal gusto?
- ELISA: Esa pregunta me concierne. La contestación es NO.
- GUSTAVO: Los McDonald sabemos ser modestos también.
- ENRIQUE: De eso podría yo hablar durante largo rato.
- TEODORA: Mejor será que no lo hagas. Estás en minoría.
- ENRIQUE: Querido Antonio, te advierto que te estás metiendo en la boca del lobo. Dentro de algunos años, consumado el matrimonio con Elisa, estarás siempre como yo: en minoría.
- ANTONIO: Es una posición de privilegio. Las minorías siempre han salvado a la humanidad del caos. En cuanto a la boca del lobo... me parece una boca encantadora.
- ELISA: Adulador.
- GUSTAVO: ¡Es increíble! ¡Increíble!
- ANTONIO: ¿Qué es increíble?
- GUSTAVO: Todo lo que escucho. Tengo la impresión de desconocer mi propio idioma.
- ELISA: (Irónica) Claro, como has viajado tanto.
- GUSTAVO: Precisamente. Ahora comprendo lo absurdo de viajar. Todo lo que hay digno de verse y escucharse lo tengo en mi propia casa.
- TEODORA: Pero creí que el hogar te aburría.
- GUSTAVO: A veces suele divertirme. Esta noche, por ejemplo...
- TEODORA: Será por Antonio. Es divertidísimo.
- ELISA: Hablais de mi novio como si se tratase de un "clown", Y no estoy dispuesta a tolerarlo.
- ANTONIO: No seas tonta, chiquilla. ¿Dónde está tu sentido del humor?
- ELISA: Es difícil tenerlo cuando se trata de mis hermanos. Conque divertidísimo, eh? Simpático y encantador, eso es Antonio.

- TEODORA: Pero queridita, si en eso coincidimos todos.
- ANTONIO: Gracias, queridos.
- ELISA: Es de una simpatía encantadora y contagiosa. ¿Es o no es cierto?
- GUSTAVO: No podemos saberlo tan bien como tú.
- (Ramiro alza la cabeza, apoya la barbilla en la palma de la mano y afirma con énfasis)
- RAMIRO: Este señor me es profundamente antipático.
- ELISA: (Indignada) ¿Qué dices, mocoso?
- RAMIRO: (Fríamente) Elisa, sabes bien que no soy un mocoso, Y en cuanto a este señor que se llama tu novio, repito que es un tipo vulgar y antipático.
- ANTONIO: ¡Qué mala voluntad me tiene este chico! Teodora, ¿por qué Ramiro no heredó tu dulzura y tu comprensión?
- ENRIQUE: Bah, no le tomes en serio. Después de todo es sólo un chiquillo.
- TEODORA: (Severa.) ¡Enrique! No hables así de tu hijo.
- ENRIQUE: Perdona. Sólo he dicho que es un chiquillo. ¿No lo es acaso?
- TEODORA: (Nerviosa) Sí, pero ese tono displicente...
- GUSTAVO: Mi sobrino es un McDonald. Ese es el problema. Ya sabemos que los McDonald solemos ser insoportables.
- ELISA: Un malcriado. Un mocoso consentido.
- ANTONIO: Por Dios, no es para tanto. No vayais a reñis por una tontería. Ya veis, yo lo he tomado a broma.
- ELISA: Porque eres muy bueno y muy noble.
- ANTONIO: Eso sí. No lo niego.
- GUSTAVO: La modestia, cuñado. Que a tí también se te quiebra la modestia.
- ELISA: Déjate de modestias. Antonio es el mejor de los hombres. Y si alguien no lo ve así es... por envidia. (Ramiro cierra bruscamente el libro y se levanta)
- RAMIRO: (Secamente) Buenas noches. (Sale fondo)
- TEODORA: No queréis entender que la sensibilidad de ese niño es extraordinaria.
- ENRIQUE: Creo que exageras un poco, querida. Nuestro hijo es un niño... igual que todos.
- ELISA: No, igual que todos no. Es un insolente. (A Teodora) Y él está consciente de serlo y consciente de tus mimos. Es demasiado inteligente para no darse cuenta de la situación y aprovecharla a capricho.
- TEODORA: Es que no sabeis comprenderlo...
- ENRIQUE: Por favor. ¿Es preciso discutir eso ahora?
- ANTONIO: Ah, cumplidos conmigo, no. Si estorbo me lo decis y me marchó.
- ENRIQUE: No, hombre, no quise decir éso.
- ELISA: Desde luego que no. Eres ya un miembro de la familia.
- GUSTAVO: Es extraño el empeño de todos por ingresar en nuestra familia.
- ENRIQUE: Hasta la fecha nadie lo ha logrado realmente, querido cuñado.
- GUSTAVO: ¿Debemos los McDonald avergonzarnos por ello?
- ELISA: En fin, querido. Has venido a visitarme a mí o a escuchar las necesidades de mis hermanos.
- ANTONIO: Pero comprende que es preciso charlar con la familia.
- ELISA: El único miembro de la familia que debe a ti importarte soy yo. Ven. Ven conmigo. (Lo arrastra hacia la derecha)
- ANTONIO: (Desde la puerta del balcón) Hasta luego, queridos. (Salen al balcón Elisa y Antonio)
- GUSTAVO: ¡Asombroso! ¡Asombroso!
- (En el balcón)

- ELISA: Parece no complacerte el estar a solas conmigo.
- ANTONIO: Nada hay en el mundo que pueda complacerme más.
- ELISA: Pruébalo. (El la besa largamente en la boca)
(En la sala)
- ENRIQUE: No era preciso discutir asuntos de familia delante de un extraño.
- TEODORA: La culpa fué tuya. Hablaste de tu hijo de un modo... Sabes que no puedo tolerarlo. Ni él tampoco. Tus palabras le afectan terriblemente.
(En el balcón.)
- ELISA: (Abrazada a Antonio) Te adoro.
- ANTONIO: Eres mía, ¿no es cierto? ¡Mía!
- ELISA: Tuya, Siempre. Desde antes de tu llegada. Es terrible querer de este modo.
- ANTONIO: Es hermoso. (Se besan.)
(En la sala)
- ENRIQUE: Mis palabras nada tienen de ofensivas para el niño. Es que tú las interpretas a tu modo. (Antonio y Elisa se alejan por la derecha del jardín y desaparecen)
- GUSTAVO: Pero esto es inaudito. Estais riñendo.
- TEODORA: No es la primera vez.
- ENRIQUE: No, no es la primera. Pero el motivo es siempre el mismo. Nuestro hijo.
- GUSTAVO: ¿Vuestro hijo?
- TEODORA: ¿Por qué te asombras? Bien es verdad que es algo para asombrar a cualquiera. Y todo por su culpa. Tiene un hijo y no sabe comprenderlo, ni siquiera sabe ser padre.
- ENRIQUE: No es cierto. Sé lo que es la paternidad. Estoy consciente de mi amor paternal y de mis responsabilidades. Pero hay cierto límite...
- TEODORA: El amor de madre no tiene límite. Si no puedes comprender éso mal puedes comprender lo demás.
- GUSTAVO: Soy yo el que no comprende nada. Os escucho y me parece esto un sueño, una pesadilla. Aquel matrimonio por amor. Un amor que avasalló todos los obstáculos, y ahora ésto... Ciertamente no lo comprendo.
- ENRIQUE: O no quieres comprenderlo. Como tampoco comprenderás el cariño que mi hijo siente por ti.
- GUSTAVO: Pues no, no lo comprendo. Hace sólo dos meses que regresé de Europa. Cuando nació el niño estaba yo en Africa. Ya te digo que no lo comprendo. ¿Lo comprendes tú?
- ENRIQUE: Sólo comprendo que te quiere... como no me quiere a mí.
- GUSTAVO: Es natural. Tú eres su padre. Yo soy su tío. Son dos cariños diferentes.
- TEODORA: Oh, no empeceis otra vez. Esos celos tuyos, Enrique. Me celas a mí de mi hijo.. Lo celas a él de mi hermano. Es ridículo, monstruoso...
- ENRIQUE: Celos. Celos. No se trata de eso. Es que sois una familia extraña. Os quereis unos a otros de un modo... egoísta. Y Ramiro parece haber heredado ese egoísmo familiar de los McDonald. Me mira como algo ajeno a él. Yo soy su padre. Soy también tu esposo, ¿no es cierto? Pero mi hijo me roba tu cariño. Y tu hermano me roba el cariño de mi hijo.
- GUSTAVO: No seas absurdo. Aquí nadie roba nada. Y yo, menos que nadie. Sabes que vivo apartado de todo. Y sabes que los niños no me gustan. Tu hijo no es una excepción. Si algo le atrae a mí será... pues esa vida huraña que llevo. Como el chico parece tener un caracter igual al mío.
- ENRIQUE: Pero es huraño, sólo conmigo. No lo es con su madre.
- TEODORA: Porque yo le comprendo. Porque junto a mí se siente protegido.

- ENRIQUE: ¿Protegido contra quién? Contra mí sin duda.
- GUSTAVO: Es ridículo lo que insinúas. El niño sólo...
- ENRIQUE: No lo defiendas tú. Vosotros teneis la culpa de todo. Contribuís a crear un antagonismo entre Ramiro y yo. Le habeis inculcado toda la maraña de prejuicios de vuestra raza. Y él, también él, ha llegado a considerarme un extranjero en América, un extraño en mi propio hogar.
- TEODORA: ¡Enrique!
- GUSTAVO: Eres tú quien parece crear el antagonismo.
- ENRIQUE: Yo no. Yo le he amado siempre como a mi hijo... Pero él huye de mí. En ocasiones descubro en sus miradas algo que se aproxima al odio. Eso es. Me odia.
- TEODORA: No, Enrique, estás diciendo locuras.
- ENRIQUE: Sí, me odia. Me odia. ¿No lo demuestra siempre? ¿No le habeis enseñado a recelar y despreciar todo lo que no sea vuestro?
- GUSTAVO: Si te empeñas en ver las cosas de ese modo... En fin, yo os dejo. No estoy acostumbrado a estas discusiones conyugales.
- TEODORA: (Reteniéndole) No, no te marches.
- ENRIQUE: Desde luego, quédate como aliado de tu hermana. Los McDonald siempre venceis, ¿no es cierto?
- GUSTAVO: Enrique, te desconozco. Hasta hoy fuiste ecuánime. No hay derecho a que me juzgues de ese modo. ¿Qué es lo que deseas? ¿Qué me marche de esta casa? Si se trata de eso...
- ENRIQUE: No, no se trata de eso. Se trata de mi hijo. Es él el que debe alejarse de esta casa.
- TEODORA: ¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco?
- ENRIQUE: No. Ni me he vuelto loco no soy un padre desnaturalizado. (A Gustavo) ¿No es éso lo que piensas?
- GUSTAVO: En este momento no estaba pensando nada.
- ENRIQUE: Quiero a Ramiro, como lo que es, como mi hijo. Pero el ambiente familiar es nocivo para ese niño. No sé por qué. No sabría explicarlo. Quizás se deba a tus mimos exagerados. Teodora. Quizás también a mis... celos. Sí, a mis celos. Porque veo que cada día nuestro hijo es una barrera que se interpone entre tu amor y el mío. Es... como un sentimiento de culpabilidad sin ser culpable. Como si las miradas inquisidoras de Ramiro tuvieran el poder de separar nuestros corazones y nublar nuestra felicidad. No podemos continuar así. Ramiro no puede separarnos.
- TEODORA: Ridículo, Enrique, ridículo. Son dos cariños diferentes.
- ENRIQUE: Sí, claro. Lo comprendo. Si yo mismo me avergüenzo de pronunciar esas palabras. Pero no es mía la culpa. Es algo ajeno a mí. Siento tener que decirlo. No obstante, el niño no puede vivir en este ambiente de recelos y sospechas.
- TEODORA: (Apasionada.) ¿Y qué pretendes? ¿Separarlo de mí? No podrás. Iré con él. Mi puesto de madre está a su lado.
- GUSTAVO: Ahora eres tú la que actúas ridículamente. Deja que Enrique diga lo que desea decir. Después de todo él es el padre...
- ENRIQUE: Gracias por no olvidarlo, querido hermano. Ramiro debe ir a un colegio interno.
- TEODORA: ¡Interno! ¡Ramiro en un colegio! Es horrible lo que propones.
- ENRIQUE: Nada hay horrible en ello. Miles de niños se educan en colegios...
- TEODORA: Pero se trata de Ramiro. Es tu hijo... y no le conoces. La sensibilidad de Ramiro se destrozaría ante ese duro choque con la vida. La separación, la ausencia del hogar. Un colegio. Te digo que esa vida es imposible para mi hijo.
- ENRIQUE: ¿Pero qué clase de colegio te imaginas que elijo para tu hijo? No es una cárcel. No es un reformatorio. Es un colegio liberal, de sana pedagogía...
- TEODORA: Pero la soledad. La soledad de un colegio es lo más horrible para el alma de un niño. Gustavo, ayúdame a convencerle. (Sollozante) Dile que al colegio no. Dile que no. Que es horrible.

- GUSTAVO: No sé. No sé. (Sombrío) Se trata de tu hijo, ¿sabes? Sin embargo el punto de vista de Enrique me parece ahora razonable. Si el hogar no le proporciona al niño el ambiente propicio...
- TEODORA: (Indignada) ¡Tú! ¡También tú! Todos en mi contra. ¿Por qué? Porque defiendo el derecho de proteger a mi hijo. Porque quiero para él un hogar como los demás.
- ENRIQUE: Yo también querría para él un hogar como los demás. Pero el nuestro no lo es.
- TEODORA: No lo es por tu culpa.
- GUSTAVO: Pierdes por completo tu serenidad, querida. ¿Sabes lo que te digo? Que Enrique tiene razón.
- ENRIQUE: Desde luego que la tengo.
- TEODORA: No. No la tienes.
- GUSTAVO: Es saludable alejar a Ramiro de esta casa. Pensándolo mejor me parece bien lo del colegio.
- TEODORA: No, por Dios, el colegio no.
- ENRIQUE: Lo he decidido ya y no es cosa de discutirlo.
- TEODORA: Es que se trata de mi hijo. También yo tengo derecho a decidir...
- ENRIQUE: Durante diez años has tomado todas las decisiones respecto a Ramiro. Por esta vez decido yo. Va en ello la felicidad de todos.
- TEODORA: Menos la de mi hijo. Ramiro nunca será feliz en un colegio.
- ENRIQUE: Si no lo es, lo enviaré a España, con mi hermana.
- TEODORA: ¿A España? ¿Con tu hermana? ¿Con extraños, en un país extranjero? Si mi hogar no es bueno para mi hijo, ¿cómo quieres que lo sea el hogar de tu hermana? No. Eso no. Alejar a Ramiro de América, no. Educarlo en un ambiente que no es el nuestro, no. Jamás. El colegio. Sí; Cualquier cosa menos éso.
- ENRIQUE: ¿Cómo puedes juzgar un ambiente y un hogar que no conoces. ¿Qué sabes tú del hogar de mi hermana? ¿Qué sabes tú de España? ¿Tú que solo conoces el estrecho radio de acción donde se mueve tu apellido?
- GUSTAVO: Si habeis llegado a una decisión, ¿a qué continuar vuestra riña?
- TEODORA: Es que todo esto resulta demasiado injusto, demasiado injusto.
- ENRIQUE: Sí, Teodora. Comprendo que es un sacrificio para tí.
- TEODORA: Y para él. Te digo que es injusto. (Llorosa) Me colocas entre mi deber de madre y mi deber de esposa.
- ENRIQUE: (Atrayéndola con dulzura) No hablemos de deberes. Con cariños puede solucionarse todo. Con cariño, con amor. (Ella solloza y él la acaricia) Ya verás. Así es mejor, mejor para todos...
- (Gustavo se retira a la derecha. La luz empieza a concentrarse en Enrique y Teodora, dejando a Gustavo en la penumbra.)
- TEODORA: Oh, no quiero pensar. Dime que no le odias.
- ENRIQUE: No, Teodora, no le odio. Es mi hijo.
- TEODORA: Dime que le crees bueno.
- ENRIQUE: Sí, le creo bueno. ¡Cómo no voy a creerle bueno si es tu hijo!
- TEODORA: Es todo tan cruel, tan cruel...
- ENRIQUE: La vida, a ratos lo es. Pero todo pasará... Todo pasará...
- TEODORA: Sí, pasará. No quiero pensar... No quiero pensar... (Hunde el rostro en el hombro de Enrique.)
- GUSTAVO: (Pensando) No. No pienses, Teodora. Hace daño pensar. Ha sido una revelación. Ramiro. Ramiro. Es preciso que se marche. No quiero verle a tu lado. Enrique tiene celos. Celos... Teodora, qué hermosa estás. Ellos ahí, abrazados. Y hace un instante, un abismo entre sus almas. He estado ciego... La paz del hogar... La monotonía del matrimonio... Cómo la quiere Enrique. (Tenso) No. No quiero que la bese. Es estúpido. Es su esposa. No debe hacerlo. No, en la boca no. (Teodora y Enrique se besan en la boca en el instante que suena un disparo en el jardín y se escucha un grito desparador de mujer. Enrique y Teodora se separan sobresaltados. La luz vuelve a iluminar normalmente la escena.)

- TEODORA: ¡Dios mío! ¿Qué es eso?
- ENRIQUE: No sé. Un disparo quizás.
- TEODORA: Gustavo. Gustavo.
- GUSTAVO: Sí, ya oí. Sin duda un neumático en la calle.
- TEODORA: Pero fué en el jardín. Te digo que fué en el jardín. (Desde el fondo del jardín se oye la voz de Elisa.)
- ELISA: ¡Socorro! ¡Socorro!
- GUSTAVO: ¡Elisa! (Sale corriendo por la derecha y atraviesa el jardín)
- TEODORA: Dios mío, tengo miedo. (Enrique sale al jardín. Teodora angustiada se queda en el balcón.) ¡Elisa! ¡Elisa! (Por la derecha del jardín aparecen Gustavo y Elisa sosteniendo a Antonio. Enrique acude en su ayuda)
- ENRIQUE: ¿Qué ha ocurrido, Antonio?
- ELISA: (Agitadísima) Ay, que lo han matado. Que lo han matado.
- ANTONIO: No seas tonta. ¿Cuándo has visto tú que los muertos andan?
- TEODORA: (Acudiendo a ellos) ¿Qué desgracia! Te han herido. Un médico. Hay que llamar a un médico.
- ENRIQUE: Sí, Llamaré yo. (Entra en la sala y marca un número en el teléfono)
- ANTONIO: No alborotar tanto. (Se desprende de los brazos de Gustavo y Elisa) Puedo andar sin ayuda. (Se lleva una mano al hombro izquierdo y hace un gesto de dolor) Eso sí. Duele un poco.
- TEODORA: ¿Pero cómo ha ocurrido? Ven. (Entra a la sala y prepara una butaca.) Ven. Siéntate.
- ENRIQUE: Hola. Hola. ¿La residencia del doctor Jones? (Antonio se adelanta e incomunica el teléfono)
- ANTONIO: No. Nadie debe enterarse.
- ELISA: (Entrando a la sala) Pero estás herido...
- ANTONIO: Estoy seguro que sólo se trata de un rasguño. No, no llames al doctor, Enrique.
- ENRIQUE: (Enganchando el teléfono) No te entiendo, Antonio. Necesitas la asistencia de un médico.
- ANTONIO: Ya iré a la clínica de un amigo.
- TEODORA: Pero ¿por qué ese misterio? Precisas de atención médica. Tu herida sangra...
- ELISA: Yo puedo decírtelo. Antonio no quiere dar el escándalo porque el disparo ha salido de esta casa. (Estupefacción general)
- ENRIQUE: ¡De esta casa!
- TEODORA: ¡Imposible! La servidumbre tiene la noche libre. Elisa, ¿te das cuenta de lo que insinúan tus palabras? Estábamos todos aquí, reunidos en la sala. Si no hay nadie más en la casa... ¿Quién puede...?
- ENRIQUE: ¿Nadie más en la casa? ¡Teodora! (Sale precipitadamente por el fondo)
- TEODORA: (En grito desgarrado, resistiéndose a comprender la insinuación de Enrique) No, Enrique. No. (Sale por el fondo)
- GUSTAVO: Si vas a una clínica es preciso que te des prisa. La herida está sangrando.
- ELISA: (Abrazada a Antonio) ¡Qué desgracia! Antonio. Mi bien. Yo iré contigo.
- ANTONIO: Calma esos nervios, queridita. Nos veremos mañana.
- ELISA: Pero no puedes conducir. No, de ninguna manera. Yo iré contigo. No podría quedarme aquí, esperando noticias. Debo saber si se trata de algo grave...
- ANTONIO: Te aseguro que no es nada...
- ELISA: No importa. Iré contigo...
- GUSTAVO: La herida sangra, Elisa.

- ELISA: Es cierto. ¿Por qué estás ahí, quieto? Vamos. Vamos.
- GUSTAVO: ¿Quereis que os acompañe?
- ANTONIO: No, no vale la pena. Con Elisa basta. Y eso, para que se le calmen los nervios. Hasta mañana, cuñado.
- GUSTAVO: Hasta mañana. Que todo salga bien. (Salen Antonio y Elisa por el fondo)
- ELISA: (Desde adentro) De prisa, por Dios. ¿Sufres mucho? Cuidado con el brazo. Dime que no sufres. No andes tan de prisa que puedes lastimarte.
- (Gustavo pasea lentamente en actitud pensativa. Las luces de la sala van perdiendo intensidad)
- GUSTAVO: (Pensando) Es valiente. Sí, es valiente y noble. O quizás todo sea una farsa. ¿Por qué siempre he de dudar de los extraños? Es que usamos tan maravillosamente la careta. Resulta difícil adivinar cómo es el verdadero rostro. ¿Y el mío? ¿Lo conocerá alguien? Creo que debe ser despreciable. ¿Y por qué? ¿Por qué sólo puedo amar lo mío, lo exclusivamente mío? Nadie me comprendería... Es mejor pasar por la vida sin ser comprendido. Cada vez que trato de analizarme he de retroceder asustado... No quiero saber cómo soy. Sí, es mejor no saber... El limbo blanco de la infancia... Pienso que yo he prolongado mi infancia hasta la edad viril... Quizás sea una defensa. ¿Defensa contra qué? ¡Madre! ¡Madre! ¡Eras tan hermosa! (Un dardo de luz ilumina un retrato en la pared. Representa una mujer en traje de principios de siglo. Tiene un parecido asombroso con Teodora) He querido huir de tu recuerdo. He buscado: inufilmente una mujer que ocupe en mi corazón tu lugar. Mujeres. Mujeres. No existe una en el mundo que pueda igualarse a ti. Sí, existe una. Pero no debe existir, no. ¿Por qué te marchaste, madre? ¿Por qué te marchaste tan pronto? No es justa mi soledad. La infancia. El limbo blanco de la infancia. (Va apagándose el rayo de luz en el retrato. Ramiro, quien ha cruzado el jardín, entra en la sala. Una luz rojiza empieza a rodear su figura. La sala ahora está casi a oscuras, excepto el círculo de luz roja que redea a Ramiro) Ah, sí, la infancia de los otros. Ramiro. ¡Qué extraño es este chico! Diez años. Y hay en su mirada el peso de una tragedia milenaria. ¿Qué piensa? ¿Qué siente en su alma este ser pequeño y aborrecible? ¿Será cierto que se parece a mí? ¿Tendré yo esa mirada? No, no quiero creerlo. Su apellido es García. No me gusta esa mirada. Mi hermana le adora, Debe irse lejos. No quiero verle en esta casa.
- RAMIRO: ¡Gustavo!
- GUSTAVO: (Pensando) ¿Por qué nos llama a todos por nuestro nombre? ¿No tiene acaso concepto de lo que es la familia? Madre, padre, tío. No. Para él somos Enrique, Teodora, Gustavo...
- RAMIRO: (Con voz angustiada) ¡Gustavo!
- GUSTAVO: (En voz alta) ¿Qué quieres, sobrino? ¿No me ves? Estoy aquí, casi a tu lado.
- RAMIRO: No, no te veía. Tengo ante mis ojos una luz ensangrentada que me ciega.
- GUSTAVO: Estás ya demasiado crecido para dejarte impresionar por alucinaciones infantiles.
- RAMIRO: Alucinaciones no. (Sombrío) ¡Yo he matado a ese hombre!
- GUSTAVO: (Burlón) ¿De qué hablas, sobrino? ¿Estás contándome una pesadillaz
- RAMIRO: He matado al novio de Elisa.
- GUSTAVO: Ah, de modo que el disparo...
- RAMIRO: El disparo lo hice yo con la pistola de Enrique.
- GUSTAVO: (Alejándose hacia la izquierda, pensando) Ramiro. Ramiro. (Volviéndose, en voz alta) ¿Sabes lo que has hecho? ¿Por qué has matado a Antonio?
- RAMIRO: Porque tenía entre sus brazos a Elisa. Porque la martirizaba.
- GUSTAVO: Cuando un hombre abraza a una mujer no la martiriza. (Pensando) ¿Por qué digo esto? ¿Qué se yo de abrazos y de martirios de amor?

- RAMIRO: Sí, la martiriza. Tú no sabes lo horrible que es ver éso.
- GUSTAVO: ¿Pero es que lo sabes tú?
- RAMIRO: Sí, lo sé. Ojalá no lo supiera. Lo he visto antes.
- GUSTAVO: ¿A quién has visto?
- RAMIRO: A Enrique y Teodora...
- GUSTAVO: (Acuciante) ¿Cuándo?
- RAMIRO: Hace muchos años...
- GUSTAVO: (Livido, deseando no saber, pero sintiendo la necesidad de escuchar las palabras) ¿Pero qué has visto? ¿Qué has visto?
- RAMIRO: He visto a Enrique martirizando a Teodora con sus brazos. Ellos creían que yo estaba dormido. Recuerdo... Teodora dijo: "Enrique, el niño" Y él dijo: "Está dormido". Pero yo no estaba dormido...
- GUSTAVO: (Terriblemente descompuesto) ¡Ramiro! ¡Calla!
- RAMIRO: ¿Por qué ha de ser así? ¿Por qué Teodora ha de ser víctima de ese extranjero que se llama mi padre? Desde aquella tarde he sentido rabia, odio...
- GUSTAVO: ¡Basta!
- RAMIRO: Y escucho a todas horas esa voz que suplica sin fuerzas: "No, Enrique, no". Es la voz de Teodora tal como la escuché aquel día...
- GUSTAVO: (Con rabia) Te ordeno que calles.
- RAMIRO: Y esa voz me persigue siempre, siempre. "No, Enrique, no." Y vuelvo a verles...
- GUSTAVO: (A gritos) ¡Calla! ¡Calla! ¡Calla!

(Fin del primer acto)

SEGUNDO ACTO

Diez años después. La misma decoración del Cuadro I, excepto el jardín. La sala ocupa ahora toda la escena. Una luz crepuscular entra por la puerta vidriera de la derecha haciendo de la escena un cuadro fantástico de luz y sombra.

A la izquierda, sentado en una bûtaca, sumido en una suave penumbra Ramiro, fumando un cigarrillo. Se escucha la música del principio del cuadro anterior.

- RAMIRO: (Pensando) Pasa el tiempo.... Y todo igual... La escena, los hombres, las pasiones... Todo igual... Mi casa... Nuestra casa... Los mismos muebles... los mismos rincones... el jardín, como entonces... Mi casa... ¿Pero es mía? No. La casa de mi familia... El hogar de los McDonald. Para mí el colegio que nunca fué mío... Luego, la Universidad... La pensión... ¿Y esto? Un hospedaje como tantos. Un alto en la peregrinación. Un péndulo oscilando entre dos abismos: éso soy yo. Demasiado McDonald dentro de mi hogar. Y he de huir al mundo... Demasiado extranjero para el mundo que empieza detrás de estos muros... Y he de refugiarme en mi hogar... Mi apellido García. Mi sangre, McDonald. Desprecio o temor. Eso es lo que obtengo de la vida. Mi hogar... Mi casa... Mi casa... No existen para mí. Y la vida es larga... Porque yo he vivido desde siempre. Sin infancia, sin pubertad... Como hoy... Rumiando amarguras en mi alma... Descifrando enigmas... Aplastando prejuicios... Pensando. Pensando... ¿Y el retrato de la abuela? Ha desaparecido. ¿Por qué no está en el sitio de siempre? Recuerdo... Gustavo le ha colgado en su habitación. Es natural. El retrato de su madre. Jamás he tenido junto a mí el retrato de Teodora. ¿Para qué? Teodora está siempre en mí... Teodora... Mi madre... Es extraño el esfuerzo que debo realizar para pensar ese nombre: MADRE. En cambio, Teodora... es tan fácil de pensar.. Teodora. No hay libros en la sala. Ante sí había... ¿A qué he

venido? Mi casa... Es tan extraño ésto, tan ajeno a mí... No debo volver... Es una tortura... No acabo de comprenderlo... Gustavo me ha dicho: "No vuelvas. No vuelvas a esta casa." ¿Por qué me lo ha dicho? Es un hombre extraño. Y sin embargo nos une algo inexplicable... El y yo parecemos tener un secreto en común. Hay entre nosotros como un acuerdo tácito... ¿Pero qué es? No sé... No sé... Duele pensar. Duele... Y Enrique parece estar contento. Me ha dicho que está orgulloso de mí... ¡Pobre extranjero! Se esfuerza en representar su papel de padre americano! Yo ni siquiera puedo esforzarme... No. Hay recuerdos que no se borran jamás... Perdonar, es posible. Pero olvidar, jamás... Jamás... Viven una vida conyugal ficticia... No pueden disimularlo... Su matrimonio hoy es una farsa. ¿Y por qué? ¿Por qué se presta Enrique a ésto? Debe querer mucho a Teodora... Quizás también él pueda querer... Pero no... Aquellas escenas... No quiero pensarlo... Dios mío, dame fuerzas para no pensar... No pensar... Las regatas universitarias se celebrarán el martes... Debo partir... Le prometí a Alicia que asistiría. Pero Alicia es sólo una compañera de estudios. No creo que le dé mucha importancia al hecho de romper una promesa.. Alicia es una buena camarada... Con ella siempre es posible quedar bien... (Entra Gustavo por el fondo) ¡Gustavo! ¿Por qué Gustavo no se casa con Alicia? Pienso cosas absurdas... Ni siquiera se conocen... Pero Gustavo debe casarse... ¿Por qué no lo hace? ¿Pensará vivir aquí toda su vida como un solterón gruñón y malhumorado? Los solterones deben vivir solos... Son como los perros viejos... Siempre molestan... y para nada sirven... ¿Sospechará lo que de él pienso? Siempre me parece leer un reproche en sus ojos... ¿Por qué me mira así? ¿Por qué no se marcha de esta casa? (Cesa bruscamente la música)

GUSTAVO:

Estás muy callado, sobrino.

RAMIRO:

(En voz alta) Sí... Pensaba.

GUSTAVO:

Ah, pensabas. Un vicio de familia... Pensar. Es lo más inútil que puede hacer un hombre. Al pensar sublimamos nuestras acciones. Por ello el que piensa no es nunca hombre de acción.

RAMIRO:

¿Es que tú no piensas?

GUSTAVO:

Una barbaridad. Si no pensara no sería lo que soy hoy...

RAMIRO:

Un tío simpático...

GUSTAVO:

O un solterón empedernido, que viene a ser lo mismo. Oye, ¿cuándo te marchas?

RAMIRO:

¿Te importa mucho que me marche?

GUSTAVO:

Hombre, personalmente me gustaría que estuvieras junto a mí todo el tiempo que quisieras...

RAMIRO:

(Levantándose) No es muy halagador llegar a casa y oír esa pregunta cada cinco minutos. "¿Cuándo te marchas? ¿Cuándo te marchas?" Debo parecer aquí un huésped indeseable.

GUSTAVO:

No estaba pensando en ti al preguntarte sobre tu partida.

RAMIRO:

Pensabas en Teodora.

GUSTAVO:

Pienso en todos... Ya sabes a lo que me refiero.

RAMIRO:

Sí.

GUSTAVO:

Hay cosas de las cuales es preferible no hablar.

RAMIRO:

Desde luego.

GUSTAVO:

Traes contigo a esta casa como una sombra, un algo intangible que cae pesadamente sobre las almas... y sobre los rostros.

RAMIRO:

(Secamente) Creí que habías dicho que era preferible no hablar de ciertas cosas...

GUSTAVO:

Claro, eso dije. Podemos prescindir de tocar ciertos puntos siempre que te des cuenta exacta de la situación.

RAMIRO:

Me doy exacta cuenta, querido tío. Soy la levadura que ha precipitado la fermentación de una sustancia podrida ya hace muchos años. La sangre de los García inyectada en la vieja rama de los McDonald acelera la descomposición... La transfusión es fatal para ciertos enfermos...

- GUSTAVO: Esa miseria de sangre extranjera que corre por tus venas te ofusca demasiado, sobrino. No sé cómo andará la descomposición en el apellido que llevas. pero en cuanto a los McDonald, se trata de una de las más fuertes y potentes familias de la joven raza norteamericana.
- RAMIRO: Por selección forzada, ¿no es éso? ¡Qué lastima! Porque habeis excluido de vuestra familia la única rama fuerte de la joven raza norteamericana.
- GUSTAVO: ¿A qué rama te refieres?
- RAMIRO: A la negra, tío.
- GUSTAVO: (Dando un salto, indignado) ¿Te has vuelto loco? ¿No te basta que hayamos tolerado en nuestro seno a un extranjero como tu padre? ¿No te basta el que toleremos tu apellido mezclado al nuestro?
- RAMIRO: A decir verdad no me importa en absoluto. Te olvidas de que soy tan García como McDonald. Y a mi padre no le quiero. Ni a tí tampoco, tío. El concepto de familia no existe en mí. Soy un producto híbrido de dos razas que se odian.
- GUSTAVO: (Dominándose y tratando de sonreír) No hay que ponerse melodramático. Quizás no nos odiamos tanto como pretendes.
- RAMIRO: (Pecobrando su sangre fría) Es posible que no. (Riendo) ¿Sabes que me diviertes, tío?
- GUSTAVO: ¿Divertido yo? Es una revelación.
- RAMIRO: (En tono ligero) Bueno, tarde o temprano habías de saberlo. Sí, para mí eres muy divertido.
- GUSTAVO: Pues no entiendo.
- RAMIRO: Yo sí me entiendo. (Le da la espalda a Gustavo y va a apoyarse en la chimenea) Claro que me entiendo.
- GUSTAVO: (Observando a Ramiro. Pensando) ¿Qué está pensando? ¿Qué es lo que entiende? No me gusta ese tono. Es una comedia. El nunca habla con tanta ligereza.
- RAMIRO: (Pensando) ¿Cómo podría forzarle a hablar? Es preciso que yo sepa. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? (Volviéndose, en voz alta) Gustavo, ¿por qué no vienes conmigo a las regatas?
- GUSTAVO: ¿A las regatas? No, hijo, no. Los deportes nunca me han interesado.
- RAMIRO: Pero no es el deporte en sí. Es el ambiente. La alegría universitaria. El entusiasmo de los espectadores. Además, tengo interés en que conozcas a mis amigos...
- GUSTAVO: Haberlos invitado aquí.
- RAMIRO: Sí, desde luego, pero no es lo mismo. Es preciso que los vea como lo que son. Estudiantes locos, alegres, irresponsables... Aquí no sería igual. Fingirían ser formales.
- GUSTAVO: No, sobrino, no. Ya estoy demasiado viejo para ese ambiente. Decididamente no me interesa.
- RAMIRO: (Bruscamente) Sí, decididamente sólo te interesa tu vida de solterón en esta casa.
- GUSTAVO: ¿Qué quieres decir?
- RAMIRO: Simplemente lo que he dicho.
- GUSTAVO: Pero hay algo más en tus palabras.
- RAMIRO: ¿Crees tú?
- GUSTAVO: ¿Qué insinúas? ¿Es que a ti también te molesta mi presencia en esta casa?
- RAMIRO: ¿A mí también? Es decir, que tu presencia molesta a alguien. A Enrique, quizás.
- GUSTAVO: ¿Por qué no? El es el único extraño en la familia McDonald. Porque esta casa es de mis padres. No hay que olvidarlo. Y desde luego, comprendo que en ocasiones el hecho irrite a mi cuñado.
- RAMIRO: O te irrite a tí la presencia del extranjero.
- GUSTAVO: Creo que tus suposiciones andan hoy por mal camino.

- GUSTAVO: Oye, ¿es que vas a hablar claro de una vez?
- RAMIRO: ¿Para qué? Tampoco estoy seguro de poder hacerlo. (Encogiéndose de hombros) En fin, yo sólo soy un huésped en la casa de los McDonald. Los asuntos de la familia no me importan demasiado.
- GUSTAVO: Rídiculo. Tú también eres un McDonald.
- RAMIRO: Te equivocas. Soy un García. Un intruso en este viejo caserón. (Transción. Con burlona urgencia) Vamos, obsequiáme con algo. Algo de bebida. Fuerte, ¿eh?
- GUSTAVO: Déjate de simplezas. Estás en tu propia casa y no necesitas que nadie te obsequie. Ahí tienes el "bar".
- RAMIRO: Sí, ahí tengo el "bar". Pero me siento huésped. Tú eres el jefe de la tribu. El mayor de los McDonald. Y lo menos que puedes hacer es éso... hacer los honores.
- GUSTAVO: (Abriendo el "bar") Envidio tu buen humor. Si te empeñas en hacer comedia... ¿Qué quieres? ¿Brandy o whiskey?
- RAMIRO: Whiskey. Es menos refinado, menns aristócrata...
- GUSTAVO: (Irónico) Sí, más... universitario. ¿Soda?
- RAMIRO: No, por favor. Whiskey en toda su pureza. (Coge el vaso que le alarga Gustavo) Gracias. ¿No vas a beber?
- GUSTAVO: No tengo deseos.
- RAMIRO: Pero debes hacerlo. Se trata de un brindis.
- GUSTAVO: Bien. (Se sirve) Brindemos. Tú dirás por qué.
- RAMIRO: A ver. A ver. ¿Por los McDonald? No. Sería... demasiado general, ¿no te parece? ¿Por el solar de los McDonald? Tampoco. Resultaría algo impersonal. ¡Ah, ya! (Levantando el vaso) ¿Por Teodora! (Gustavo mira un instante en silencio a Ramiro. Luego alza lentamente el vaso)
- GUSTAVO: Por mi hermana. (Beben. Entra Teodora por el fondo)
- TEODORA: Veo que os divertís.
- GUSTAVO: Magnífica entrada, Teodora. Ha sido tan oportuna, tan teatral... ¿No es cierto, Ramiro? (Ramiro no contesta y va a dejar el vaso sobre una mesa) Tu hijo acaba de invitarme a las regatas universitarias. Desde luego, que no he aceptado. En cambio le he indicado la conveniencia de traer a sus amigos... y amigas a nuestra casa. ¿Te parece bien?
- TEODORA: ¡Sus amigos y amigas! (Volviendo en sí de una momentánea abstracción) ¿Por qué había de parecerme mal? ¿Cuándo vendrán tus compañeros, Ramiro?
- RAMIRO: No sé.
- TEODORA: Es una magnífica idea. (Con entusiasmo forzado) Eso es. Esta casa precisa de alegría juvenil, de risas, de palabras locas y sin sentido. ¿Cómo no se me ocurrió a mí? Los amigos y las amigas de mi hijo. Durante un fin de semana podríamos hospedar a seis u ocho de tus compañeros. Organizaremos un "cocktail-party" en el jardín. Y luego, por la noche, un baile... Eso es, un baile con orquesta. Nada de discos ni de radio... Una buena orquesta. Ya verás, Ramiro, ya verás. Invitaremos también a nuestros amigos y a los amigos de Elisa. Te sentirás satisfecho de la fiesta y orgulloso de tu familia. Es preciso divertirse. A tu edad la diversión es algo natural, imperioso... Juventud es sinónimo de alegría. Y nosotros nos pondremos a tono. ¿No es cierto, Gustavo? Después de todo no somos viejos. La casa se presta para una celebración de ésa índole. ¡Los chalets modernos son tan poco acogedores para los invitados! Apenas hay espacio donde revolverse. Y nuestro jardín es precioso. Le iluminaremos fantásticamente. Yo me encargaré de todo. A Enrique va a entusiasmarle la idea. Dime ¿Cuándo vas a invitar a tus compañeros?
- RAMIRO: No sé... No podría decírtelo. Es preciso contar con la aprobación de ellos!
- TEODORA: ¿Aprobación? ¡Qué tontería! Lo único que tienes que hacer es invitarles. Unos jóvenes alegres no van a negarse a gozar de dos días de diversión. ¿Verdad, Gustavo?

- GUSTAVO: Es posible. Yo de eso entiendo muy poco.
- TEODORA: ¿Pero es que no os entusiasma la idea?
- RAMIRO: (Evasivo) Sí... Sí...
- TEODORA: (A Gustavo) ¿No fuiste tú quien sugirió invitar a los compañeros de Ramiro?
- GUSTAVO: Sí, claro. Fuí yo.
- TEODORA: ¿Y por qué ahora te muestras tan frío?
- GUSTAVO: ¿Es que he de batir palmas y dar grititos de alegría? ¿Qué vienen los amigos de tu hijo; bienvenidos. Que das una fiesta en su honor; enhorabuena. Mi frialdad no afectará los hechos como no los ha afectado en el pasado.
- RAMIRO: (Bruscamente) Olvidad el asunto, por favor. No pienso invitar a nadie a pasar un fin de semana en esta casa. (Pausa.)
- TEODORA: (Acercándose a la puerta vidriera) ¡En esta casa! Lo has dicho en un tono duro, impersonal. Pudiste haber dicho "mi casa" o "nuestra casa". Pero no. Has dicho "esta casa." Esta casa edificada para albergar en ella a los McDonald. Es decir, al rencor, a la amargura, a las sombras. Esta casa donde cada piedra es una palabra de odio que ha quedado petrificada en el tiempo. Cada ventana, una pupila fija, estática, quizás horrorizada de nuestras vidas. Y el jardín ocultando al mundo con su belleza lo que hay en el alma de Esta Casa. (Volviéndose) ¿Y qué hay en ésa alma? Decídmelo. ¿Qué son nuestras vidas? ¿Qué ocurre dentro de nosotros? Somos tres McDonald. ¿No es cierto? Tres ramas de un mismo tronco. ¿Qué había en ese tronco que las ramas resultan tan frágiles, tan enfermas?
- GUSTAVO: ¡Teodora!
- TEODORA: Perdonadme. No sé lo que digo. Estoy nerviosa. Quizás se deba a que me he sentido herida por tus palabras, Ramiro.
- RAMIRO: Lo siento, Teodora. No fué mi intención...
- TEODORA: Sí, ya sé. También tú estás nervioso. No, si lo comprendo. No es culpa tuya. Ni mía... Es... la casa... Eso es, la casa. O la vida, quizás...
- (Por el fondo entra Elisa en traje de calle)
- ELISA: Buenas tardes, familia. ¡Querida Teodora! (La abraza) ¡Qué lugubre estais: Ramiro, guapo mozo, ¿no me abrazas? (Se abrazan) Hola, Gustavo. Te ves muy pálido. Sin duda se debe a esta penumbra. ¡Qué ocurrencia la vuestra! (Enciende la luz) Así, familia, así. Con luz para vernos las caras. ¡Ay, no me acabo de acostumbrar a las sombras. Si no fuera porque amo tanto esta casa la detestaría. (Ríe) ¿Habeis oído qué disparate? ¿Pero no decís nada?
- GUSTAVO: Esperamos que tú acabes de decirlo todo.
- TEODORA: ¿Y tu marido?
- ELISA: No me hables de él. ¡Ay, qué desgracia!
- TEODORA: ¿Le ha ocurrido algo a tu marido?
- ELISA: A él no. A mí.
- RAMIRO: (Galante) Con lo guapa que estás debe haber sido algo grave.
- ELISA: Sigues siendo tan insolente... Pero terriblemente perspicaz. Querida, tu hijo tiene un olfato prodigioso. Sí, de mí... guapura se trata. Hace dos semanas me encontré con Antonio. ¡Qué horror! ¿verdad?
- GUSTAVO: Sí, debe ser un horror encontrarse con el primer marido.
- ELISA: ¡Pobre Antonio! Tiene un pico de oro. Me ha dicho que estoy más bonita que nunca.
- RAMIRO: Pues te ha dicho la verdad.
- ELISA: Gracias, querido. Es muy bueno, Antonio. ¿Recordais que es muy bueno? (A Ramiro) Y tú por poco me lo matas...
- TEODORA: (Nerviosa) Decías que es muy bueno Antonio. Continúa... ¿Que debemos esperar de ese encuentro?
- ELISA: Antonio y yo hemos salido juntos tres veces.
- TEODORA: ¡Elisa! ¡Cómo has podido...!

- ELISA: Oh, no te alarmes. Todo ha ocurrido dentro de la más intachable corrección. Hemos ido al teatro, a un "dancing-club" y... al parque. Diversiones inocentes. ¡Ay, es que Federico es tan aburrido! Un hombre de negocios rara vez hace un marido agradable. Claro que Antonio me ha hecho el amor. Pero con buenas intenciones. Eso sí. Quiere que me divorcie de Federico y vuelva a casarme con él.
- RAMIRO: Y le has tomado en serio...
- ELISA: No, en absoluto. Aunque os advierto que él parecía sincero. Pobrecito, es muy bueno. Pero hay un detalle... Yo no le quiero... Lo que pasó, pasó y no es cosa de desandar lo andado.
- GUSTAVO: Total, que todo ha sido una fiebre de primavera.
- ELISA: Sí, en cuanto a Antonio, sí, Pero me divorcio.
- TEODORA: Elisa, no hablas en serio, ¿verdad?
- ELISA: Claro que hablo en serio. Me divorcio.
- RAMIRO: Eso sí que es una fiebre.
- ELISA: Precisamente venía a anunciaros que me marchó a Reno.
- GUSTAVO: De modo que es un divorcio... urgente.
- TEODORA: No comprendo, Elisa... Estoy segura que no has reflexionado. Que te equivocaras en tu primera elección es humano, es comprensible. ¡Pero otra vez! Dos divorcios en el término de diez años. ¿Es que juegas al matrimonio como antes jugaste al amor?
- ELISA: ¿Tengo yo la culpa? Es que el corazón siempre me engaña.
- GUSTAVO: Sería mejor decir que no tienes corazón, hermanita.
- ELISA: Tengo demasiado corazón. Ese es el problema. La sed de amar no se apaga en mí nunca. Ya veis. Una vez más estoy enamorada.
- GUSTAVO: ¡Qué novedad!
- RAMIRO: Y esta vez será tan definitiva como las anteriores.
- ELISA: No me reproches, guapo. Tu aún no sabes lo que es amor.
- TEODORA: Elisa. Elisa, escucha. Esto no es más que otro error en tu vida. Tú no puedes amar. Eres tú la que no sabes lo que es el amor. Es un juego demasiado peligroso, te lo aseguro. Este método de prueba y error no se hizo para aplicarlo a cosas del corazón!
- ELISA: Pero te digo que estoy enamorada. Lo sé. Lo siento en mí. Es como un deslumbramiento. Como un mundo que se abre a mis sentidos. Como un cielo insospechado para mi alma enferma y sedienta de amor. Quiero que comprendais. Yo sé amar. Son los hombres los que apagan en mí el amor. Son ellos los que no saben amar. Son los hombres los que apagan en mí el amor. Son ellos los que no saben amar. Pero debe existir uno que sí lo sepa. Que sepa amarme a mí como yo quiero ser amada. ¿Y he de esperar a que él venga? No. La impaciencia me devora. Soy yo la que salgo a su encuentro. ¿Es este? ¿Es Antonio? No. No era Antonio. ¿Es Federico? No. No es Federico. Y ahora... Sí debe ser él...
- TEODORA: (Indignada) Basta ya, Elisa!
- ELISA: (Transición. Con súbita gravedad, después de una corta pausa) ¿Basta ya, Teodora? Basta ya de comedias, ¿no es éso, McDonald todos? El amor no vendrá a Elisa porque Elisa le cerró sus puertas cuando vino por vez primera. Gilbert Sullivan, el hombre cuyo abuelo tenía sangre de negro es hoy un padre de familia blanca en algún lugar de Méjico. ¿Y si por vosotros, McDonald, sacrifique la única realidad de mi vida, con qué derecho me reprochais que viva hoy mis sueños? Y tú, Teodora, tú con menos derecho que nadie. Tú que violaste todos los tabús de la tribu y te uniste a un extranjero, ¿con qué derecho te refieres a mis sueños diciendo "basta ya"?
- GUSTAVO: Elisa, soy yo quien digo: basta. No es preciso que discutas el pasado de Teodora ante su hijo.
- ELISA: No es Teodora como individuo lo que te interesa defender, querido. Es la tribu, es el nombre de los McDonald. ¿Y por qué no ha de enterarse Ramiro de lo que somos? ¿Por su apellido García? Es inútil, Gustavo. Tu sobrino, quieras o no, es también de los nuestros. No puedes evitarlo. Tampoco evitarás silenciándolo que se entere de nuestros podridos prejuicios y de nuestros ancestrales pecados.

- GUSTAVO: Prejuicios y pecados que pertenecen a la humanidad toda. No trates de dar la impresión de que nosotros inventamos el mal.
- ELISA: No, querido, nosotros encarnamos el mal. Y ello es suficiente. ¿No os parece?
- TEODORA: ¡Elisa!
- GUSTAVO: (Encogiéndose de hombros) Estas loca, hermana.
- ELISA: Pienso que si perdí el amor y busco un sustituto, es vuestra obra, familia. Vuestra magnífica obra. Me privasteis del amor y tengo sed de él. He conocido a otro hombre a quien quizás pudiera amar. ¿Su nombre? Pedro. Vulgar, ¿verdad? Con la misma vulgaridad con que nosotros nos jactamos en apellidarnos McDonald.
- GUSTAVO: Tenemos nuestras razones para ello, querida. No todos los McDonald son de Lincoln Heights.
- ELISA: Afortunadamente. Porque si todos los McDonald fueran tan aburridos como nosotros... (A Ramiro, recobrando su aire frívolo) Oye, hace un momento te dije que no conocías el amor. Y es el caso... (Se echa a reír) ¡Qué memoria la mía! (A Teodora) Tu hijo está enamorado.
- TEODORA: (Con ansiedad) ¿Qué dices?
- GUSTAVO: ¡Ramiro enamorado!
- RAMIRO: (Encogiéndose de hombros) No hagais caso. A Elisa no le bastan sus amores propios y debe inventar amores para los demás.
- ELISA: Ya. Ya. Pero cuando el amor se llama Alicia es un amor de carne y hueso.
- RAMIRO: (Encogiéndose de hombros.) ¡Ah, te refieres a Alicea...!
- ELISA: Ya veis. Es un hecho. Me lo dijeron el martes. Creo que fué en el té de los Jones. Sí, Sí, precisamente, allí fue... Lo comentaron la señora de Weinfield. Su hijo es compañero de Ramiro... (A Ramiro) Vamos, no pongas esa cara. Supongo que no te habrá molestado la revelación del secreto. Total, por qué ha de ser un secreto. Es lo más natural y lo más lógico que puede sucederle a un ser humano, enamorarse. (Transición rápida) Bien, me marchó. Adiós, guapo. Dame un beso como señal de que no estás enojado. (Ramiro la besa sonriendo. Ella le habla en voz baja) Mi enhorabuena. (A Gustavo) ¿Quieres llevarme en auto a casa, querido?
- GUSTAVO: Con mucho gusto. ¿Es que vas a presentarme a Pedro?
- ELISA: No seas inmoral. He dicho que vamos a casa. Y aún estoy casada. Ningún marido podrá jamás acusarme de adulterio. Digo, mientras exista el divorcio. (A Teodora) Adiós, linda. Marcho a Reno mañana. Ya os escribiré dandoos detalles... Hasta pronto, y deseadme mucha suerte.
- TEODORA: (Con gravedad) Dios te la conceda.
- ELISA: (Desde la puerta, volviéndose) Ah, un abrazo al bueno de Enrique.
- GUSTAVO: ¿Vamos? (Salen por el fondo Gustavo y Elisa)
- (Las miradas de Ramiro y Teodora se encuentran. Ramiro desvía la suya y alejándose de Teodora dice en tono ligero)
- RAMIRO: Es deliciosa nuestra Elisa. Tan juvenil, tan irresponsable... tan encantadora...
- TEODORA: Los hombres siempre encuentran a Elisa como tú la has descrito. Quizás por ello no la tomen demasiado en serio.
- RAMIRO: (Encogiéndose de hombros) ¿Para qué tomarla en serio? El que quiera a Elisa ha de aceptarla tal cual es...
- TEODORA: Como a todos. Hemos de aceptarnos unos a otros como somos, nunca como queremos ser. (Transición brusca) ¿Y Alicia? ¿Cómo es Alicia?
- RAMIRO: ¿Alicia?
- TEODORA: No es ése su nombre?
- RAMIRO: ¿Su nombre? Es el nombre de una compañera de estudios.
- TEODORA: Pero la Sra. de Weinfield asegura que es algo más.

- RAMIRO: Bah. Chismes que sazonan la hora del té. Son siempre iguales, siempre fantásticos, y sobre todo, siempre se basan en algo sexual: noviazgos, adulterios, escapadas, divorcios... Diríase que a las damas distinguidas se le sube el sexo a la cabeza cuando sostienen en sus manos una tacita de té.
- TEODORA: No has contestado mi pregunta.
- RAMIRO: No creo que hayas formulado pregunta alguna.
- TEODORA: ¿Tienes novia? ¿Estás enamorado? (Pausa breve)
- RAMIRO: (Lentamente) No. No tengo novia. Ni estoy enamorado. (Bruscamente) ¿Te molestaría que lo estuviese?
- TEODORA: Me preocupa que no lo estés. No sé por qué pienso que el amor te haría mucho bien. (Subítamente apasionada) Es preciso que ames, Ramiro, es preciso...
- RAMIRO: ¿Preciso? El amor no llega al hombre porque sea preciso. Está en él desde siempre. (En voz baja, como asustado de su propia voz) Sí, desde siempre...
- TEODORA: Pero me asusta tu soledad. Una mujer a tu lado podría sacudir de tu espíritu esa nube, esa sombra que te hace huraño, que ahoga tu risa, que pone en tu mirada una tristeza como de siglos... Ramiro, esa chica...
- RAMIRO: Es sólo una amiga.
- TEODORA: Quizás tú la amas- sin saberlo.
- RAMIRO: Te digo que Alicia es para mí sólo una compañera.
- TEODORA: ¿Y qué es una esposa si no una buena compañera?
- RAMIRO: ¿Pero qué significa ésto? ¿Es que quieres empujarme al matrimonio? ¿A un matrimonio sin amor?
- TEODORA: (Angustiada) Tienes que casarte, Ramiro, tienes que casarte.
- RAMIRO: No me interesa el matrimonio.
- TEODORA: Oh, qué decir para convencerte. Cómo te lo diría... No puedo expresarlo en palabras... Pero os preciso, Tengo miedo...
- RAMIRO: ¿Miedo?
- TEODORA: Sí. Sí. Miedo.
- RAMIRO: ¿Miedo a qué?
- TEODORA: A... nada. ¿Pero es que lo sé yo? No me mires así, por Dios, Ramiro. No es que trate de alejarte de mi lado.
- RAMIRO: Es lo que siempre han hecho todos.
- TEODORA: No, yo no. Cómo puedes creerme capaz de desearlo. Es tan poco el tiempo que me dedicas. Has estado siempre tan lejos de tu madre. Y yo, tengo sed de mi hijo. De mi hijo, que no ha sido nunca mío. Has nacido de mi. Has desgarrado mis entrañas con tu cuerpo, pero no me has pertenecido nunca. Mi maternidad se frustró entre estas paredes. Siendo mi hijo no lo fuiste jamás. Antes que madre tuve que ser esposa. Y antes que esposa fui McDonald. Fui McDonald para mi hermano y la Sra. de García para tu padre. Pero madre nunca lo fui. No tenía derecho a defenderte. No tenía derecho a amarte con todas las fuerzas de mi corazón. Mis caricias no podían prodigarse en tu rostro. Hicieron de tí un extraño. Y hoy eres éso, un extraño. Un hombre, fuerte, hermoso. Un hombre que me mira con ojos que no son los de mi hijo.
- RAMIRO: ¡TEODORA!
- TEODORA: Sí, Teodora. Nunca el nombre de madre se ha escapado de tus labios. Teodora. Teodora. ¿Por qué? ¿Por qué no he de tener el derecho a que se me llame madre? Quiero que te cases. Quiero que tu... esposa me dé nietos en quien acariciar mis ansias de maternidad. Estoy cansada, asqueada de ser mujer. ¡Quiero ser madre! ¿Comprendes? ¡Quiero ser madre!
- RAMIRO: (Con esfuerzo y violencia) ¡MADRE!
- TEODORA: ¡Ramiro! ¿Qué has dicho?
- RAMIRO: (Débilmente) ¡MADRE!

TEODORA: ¡Ramiro: (Corre a sus brazos... Se abrazan estrechamente) ¡Hijo! ¡Hijo! He mentido, ¿sabes? No, no quiero que te cases. Quiero tenerte junto a mí. Ahí, acariciando tu rostro. Estrechándote en mis brazos. ¡hijo! Quiero sentirte mío. Y escuchar ese nombre de tus labios. ¡Madre! Oh, al fin la certeza de que soy madre, de que puedo abrazarte y llamarte hijo. Sin escrúpulos. Sin dudas. ¡Qué tortura! ¡Qué infierno! Era algo horrible. Yo no podía comprenderlo. Ahora sí. Ahora veo que era el temor de perderte. ¡Qué otra cosa podía ser! Soy feliz en tus brazos. No te alejarás de mí. (Le besa) Eres mi hijo. Eres mío. ¡Mío!

(UNA luz roja se concentra en las figuras abrazadas de Teodora y Ramiro. La luz normal de la escena empieza a languidecer y el círculo rojo aumenta en intensidad a medida que se desarrolla el diálogo)

RAMIRO: Sí, tuyo. Yo también he vivido un infierno. Todo era oscuridad en mi vida. No podía comprender. Hoy te tengo en mis brazos. Y hay en tí una claridad deslumbradora. Pero la luz también ciega como las sombras. No podría explicar lo que siento. Pero estás junto a mí y eso es lo que importa. Nadie logrará apartarnos. Nadie. Yo te he querido como tú ansiabas quererme, con todas las fuerzas de mi corazón. Y así te querré siempre, siempre....

TEODORA: Ramiro, Hijo mío.

RAMIRO: No podría querer a nadie excepto a tí. Tú lo eres todo en mi vida. Y eres tan hermosa, tan hermosa... ¿Qué mujer podría igualarse a tí? ¿A tu hermosura, tu pureza; a tus ojos, tus labios; a tus manos de diosa... (Le besa las manos) No te he llamado madre porque para mí eres más que eso. Estás por encima de los demás mortales. Por encima de la maternidad. Eres el símbolo de esa raza que amo y que odio. Eres McDonald. Estás en mi sangre y sin embargo eres extraña a mí. Eres mía y te siento ajena. Pero te adoro. Y quiero expresarte mi adoración que hasta hoy fue silenciosa, angustiada, alucinante. (Lentamente se deja caer de rodillas con sus manos asidas al cuerpo de ella) Quiero estar a tus pies. Verte en lo alto, en un pedestal grandioso, pero asido a ti, sin que se escape tu cuerpo a mis manos ávidas de tus besos, de tus caricias...

TEODORA: (Fascinada, débilmente) No, Ramiro, levanta. No me quieras así.

RAMIRO: No sé cómo te quiero. Sólo sé que nadie podrá quererte como yo.

TEODORA: Tengo miedo.

RAMIRO: (Siempre asido a ella va poniéndose de pie) Yo también tengo miedo. Miedo a este amor que es infierno y cielo. Pero es más terrible al miedo a vivir separado de tí por un mundo que nos odia y que no puede comprendernos. Este instante es nuestro. Y lo serán todos los instantes de nuestra vida. Porque el mundo no podrá vencernos. (Con pasión) Teodora. Teodora. Dime que eres fuerte.

TEODORA: (Casi vencida, desfalleciendo en sus brazos. pero con una chispa de conciencia que la hace luchar) No. Vete, Me hacen daño tus palabras

RAMIRO: Te quiero.

TEODORA: Pero así no. Así no. Déjame...

RAMIRO: Estamos aquí y tú estás en mis brazos, y sin embargo tú no eres tú ni yo soy yo. No conocemos esta casa. No vive nadie en ella. Ni siquiera en el mundo existe la humanidad...

TEODORA: Déjame. Tengo miedo.

RAMIRO: Te quiero.

TEODORA: Yo también te quiero. Eres mí...

RAMIRO: Soy Ramiro y tú eres Teodora. (Va a besarla en la boca. Ella echa atrás la cabeza y él la besa en el cuello)

TEODORA: (Lanzando un grito de angustia) No. No. ¡Eres mi hijo. (Le rechaza con violencia) Eres mi hijo. Esta carne maldita es también la tuya. Es monstruoso. Esa era la sombra en mi vida y en tu vida. Y es que estamos podridos, podridos en nuestras almas. Déjame. No te acerques. ¡Enrique!

RAMIRO: (Angustiado) ¿Por qué le llamas? Dijiste que estabas asqueada de ser mujer.

TEODORA: Y lo estoy. Lo estoy. Por eso le llamo. ¡Enrique!

RAMIRO: ¡MADRE!

TEODORA: (Esquivándolo) No. No puedo ser madre. No tengo derecho a serlo. Vete lejos. Vete lejos de esta casa. No vuelvas nunca. (Corre hacia el fondo) ¡Enrique! ¡Enrique! (Sale fondo)

RAMIRO: (Sollozante) Teodora. Madre.

(La luz de intensidad sangrienta, va palideciendo hasta hacerse ligeramente sonrosada, a medida que Ramiro habla. A las últimas palabras de éste se extingue por completo.)

RAMIRO: ¡Dios! ¡Dios! ¡Qué infierno! Era esto. ¡Esto! Y no puedo quererla. ¿Por qué? Por qué si la siento mía? No. Mía no. Soy su carne, pero ella no puede ser mía. Nuestra carne está muerta al amor. Debe estarlo. Aunque la siento arder y rebelarse. ¡Dios mío, por qué nos haces tan débiles! Haz que mi carne comprenda. Mete en mi alma ese nombre. Grábalo con fuego. Que no se borre jamás. ¡Madre! Madre. Madre. Estamos podridos. Podridos. (Se deja caer en la butaca donde estuvo sentado al principio del cuadro) ¿Dónde está la raíz de nuestro drama? ¿Qué parte del tronco estuvo podrida desde el comienzo? Madre, somos ramas enfermas... Ramas enfermas... Nuestras hojas vuelan sin sentido, sin brújulas... (Una ráfaga de viento entra por la puerta vidriera arrastrando hojas secas que invaden la sala) Hojas secas, podridas... Pensamientos perdidos, rondando alucinantes en nuestras mentes. Hojas secas de la rama enferma... El tronco... El tronco podrido... La raíz... La raíz... La raíz...

(La escena queda totalmente a oscuras. Un telón de gasa divide el escenario. Fuera del telón, en primer término, Ramiro sentado en la butaca. Detrás del telón transparente, el resto de la escena. Se oye el trotar pausado de un caballo sobre los adoquines. Ha de ser un sonido rítmico, monótono, que se mantendrá como una nota alucinante durante las siguientes escenas. Una luz azulada va invadiendo el interior de la escena, detrás del telón de gasa. Se oye la voz de Ramiro, ampliada, llenando toda la sala, sin provenir de él. La voz repite algunas palabras que Ramiro ha pronunciado: "¿Dónde está la raíz de nuestro drama? LA RAIZ... LA RAIZ..." La luz azulada se hace lo suficientemente intensa como para hacer visible la escena a través del telón transparente. Una cortina negra cubre las paredes del fondo, abriéndose en pliegues recogidos en el hueco de la puerta que da al vestíbulo. Los contornos del vestíbulo se pierden en una imprecisión de sueño. Ramiro sólo será un espectador más de las escenas a desarrollarse.

En la escena detrás del telón de gasa se va a Ciro Mac Donald, en traje de montar de principios del siglo pasado. (Los trajes de estos personajes visualizados en un casi ensueño deberán destacarse del fondo negro, pero debe recordarse que la luz azul afectará desfigurándolos los pigmentos de su color natural. La armonía o contraste de colores deberá visualizarse temiendo en consideración el efecto de la luz azul y no el efecto de la luz natural) Ciro Mac Donald se pasea nerviosamente. Entra un Criado Negro por la puerta del fondo.)

CRIADO: ¿Llamaba el señor?

CIRO: (Bruscamente) ¿Qué hace la señorita?

CRIADO: No sé, mi amo. No he visto a la niña esta mañana.

CIRO: Vete. ¿No me oyes? ¡Vete! (Sale Criado. Ciro se lleva una mano a la frente, torturado. De pronto, se dirige a un mueble. Saca una pistola. La examina. La carga. Por el fondo entra Hetty MacDonald)

BETTY: Llamabas, padre?

CIRO: ¡Tú! (Ocultando rápidamente la pistola) ¿Dónde has estado? ¿Qué hacías?

BETTY: Estuve...

CIRO: ¿Por qué vacilas? ¿Por qué te turbas?

- BETTY: Estuve en la plantación de algodón.
- CIRO: (Cortante) ¡Mientes!
- BETTY: Me han visto los esclavos. Puedes interrogarles.
- CIRO: Mentirán por defenderte. Pero no importa. Los haré azotar a todos.
- BETTY: (Angustiada) ¡No, éso no! Aunque les hicieras azotar no podrían decir la verdad. (Bajando la cabeza) Yo no he estado en la plantación.
- CIRO: Esa es la verdad. No has estado allí. No has venido tampoco a tomar tu lección de equitación. ¿Por qué no lo hiciste hoy?
- BETTY: (Confusa.) Estaba cansada... Perdóname...
- CIRO: Cansada, y has recorrido más de dos quilómetros a pie. ¿Por qué? Contesta.
- BETTY: No... No es cierto.
- CIRO: No puedes engañarme. Alguien te ha visto llegar hasta los sauces.
- BETTY: (Irguiéndose) ¿Alguien? ¡De modo que me haces espiar!
- CIRO: ¿Es que no tengo derecho a hacerlo? Todos los derechos están de mi parte.
- BETTY: Todos, menos el de esclavizarme. Soy tu hija, no una de las negras que duermen en el granero.
- CIRO: ¿Cómo te atreves...?
- BETTY: Existen otros derechos que son los míos. Por eso me atrevo. Los hijos no somos esclavos, padre.
- CIRO: ¿Quién te da derecho a ti a hablar de cosas que no puedes entender? Eres mi hija, y como tal has de obedecerme en todo. En todo. ¿Qué hacías en los sauces? (Agarrándola por una muñeca. Vilento) ¿Qué hacías allí? ¿A quién esperabas?
- BETTY: A nadie.
- CIRO: ¡Contesta!
- BETTY: Me haces daño.
- CIRO: Henry O'Hara pasa todos los días por ese sitio. ¿Es que esperabas verle hoy? DÍ. ¿Tenías cita con ese extranjero? ¿Te ha hablado antes? (Sacudiéndola con furia) ¡Contesta! ¡Contesta!
- BETTY: No. No me tortures más. Déjame.
- CIRO: Eres como fue tu madre. Demasiado hermosa. (Soltándola) No saldrás jamás de esta casa. Sólo yo podré hablarte. A nadie hablarás jamás. ¡Jamás!
- BETTY: Si es lo que has hecho siempre. Has formado un vacío a mi redor. He vivido prisionera de ti desde que murió mi madre. Hasta mis hermanos se han alejado de esta casa. Y has sido tú quien los ha alejado. ¡tú!
- CIRO: Sí, yo. Porque tus hermanos, se han contagiado de ideas que no son las nuestras y no quiero virus extraños en mi sangre. ¿comprendes por qué sólo yo he de permanecer a tu lado?
- BETTY: Sí, para hacerme tu esclava, tu prisionera, tu... (UNA bofetada de Ciro sella los labios de su hija)
- CIRO: ¡Basta! Basta ya. No estoy dispuesto a tolerar rebeldías. (Agarrándola por los hombros) Vivirás aquí como yo quiera que vivas. Eres Betty MacDonald. Sólo a mi perteneces. Estamos rodeados de negros y de Extranjeros. Pero tú eres de mi sangre. Sólo a mi perteneces. No quiero que salgas. No quiero que veas a nadie. ¡A nadie! Te lo ordeno yo, tu padre. ¿Lo has oído? Tu padre. Tu padre. TU PADRE.

(Al intensificarse el crescendo de la frase "Tu padre" va apagándose la luz azulada en la escena hasta extinguirse totalmente. El trotar del caballo se oye más claramente acelerando su ritmo hasta convertirse en galope. La voz de Ramiro se escucha otra vez, llenando la escena: "Y EL TRONCO QUE PARTE DEL TRONCO ESTUVO PODRIDA DESDE EL COMIENZO" EL TRONCO, EL TRONCO." La luz azulada empieza a invadir la escena y el galope del caballo se convierte en trote que al fin recobra su ritmo lento y monótono, como en la escena anterior. En la sala, detrás del telón de gasa, Henry MacDonald y su esposa Silvia. Epoca: Durante la última mitad del siglo pasado)

(Silvia, quien está en la puerta, se dirige angustiada a Henry MacDonald.)

- SILVIA: Oh, Henry, ¡es horrible! ¡Espantoso!
- HENRY: (Fríamente) ¿De qué hablas, querida?
- SILVIA: (Sofocada) ¡Han asesinado a Jean Lambarthier!
- HENRY: (Imperturbable) Era extranjero, ¿no es cierto?
- SILVIA: Sí, pero era el sobrino de Williams, nuestro vecino. Encontraron el cadáver junto a la ciénaga. Fue anoche. Los enmascarados otra vez. (Histérica) Tengo miedo. Es horrible. No hay seguridad para nadie. Parecemos una comunidad de salvajes.
- HENRY: No hay por qué excitarse, querida. Los buenos americanos estamos seguros en nuestra tierra. Esos accidentes sólo les ocurren a los intrusos que perturban nuestra tranquilidad.
- SILVIA: Pero el Sr. Lambarthier...
- HENRY: (Displicente) Era hijo de francés, educado en París. ¿Qué sabía él del sistema de vida americano?
- SILVIA: ¡Henry! ¡Hablas como si sancionaras el asesinato!
- HENRY: Dejemos ya el tema, querida.
- SILVIA: (Después de una pausa durante la cual ha observado espantada a su marido. Terriblemente angustiada) ¿Dónde estuviste anoche, Henry?
- HENRY: (Secamente) No creo que te debe explicación alguna.
- SILVIA: (Balbuceante, aterrada) Pero tus botas... Recuerdo que al darsélas a José para que las limpiara... Había en ellas fango... (Dando un grito de horror) ¡Fango de la ciénaga!
- HENRY: ¿Quieres callar? (Ella retrocede y él avanza) Anoche estuve de visita en casa del Dr. Jackson. El así lo declarará a quien le pregunte. (Agarrándole una muñeca) ¿Has oído? Domina mejor tus nervios, querida. (La suelta) Pero no te hice llamar para que discutiéramos la muerte de Monsieur Lambarthier. Lo que nos importa es el matrimonio de nuestra hija Mary con John MacDonald. (Volviéndose a ella, bruscamente) ¿Dejarás ya de temblar? ¿Es que no se puede hablar contigo normalmente? ¿Te has enterado de lo que he dicho?
- SILVIA: (Tratando de dominar sus nervios) Sí, Henry. Hablas del matrimonio de Mary.
- HENRY: ¿Y bien?
- SILVIA: ¿Piensas decírselo ahora?
- HENRY: Sin duda. No creo que sea para ella una sorpresa. John le es muy familiar. Se han criado juntos...
- SILVIA: Esa será la sorpresa, Henry. No creo que Mary haya visto nunca en John otra cosa que un primo, casi un hermano.
- HENRY: No son hermanos, gracias a Dios. Son sólo primos.
- SILVIA: Primos carnales, criados como si fueran hermanos.
- HENRY: (Impaciente) ¿Qué quieres insinuar? ¿Qué está unión es imposible?
- SILVIA: Imposible no. Pero...
- HENRY: No es la primera vez que dos MacDonald se casan. Ni será la última. Hay que fortalecer el tronco con nuestra propia sangre.
- SILVIA: Pero si la sangre se debilita el tronco no será fuerte.
- HENRY: ¿Debilitarse nuestra sangre? Se conoce que por tus venas no corre sangre de MacDonald. Olvidas que el primer MacDonald fue amo de lo que hoy es un estado del sur. Que en la reciente guerra civil el nombre de MacDonald se cubrió de gloria. Que siempre ha habido un MacDonald muy cerca de la silla presidencial. Y en cuanto a nuestras mujeres han deslumbrado con su belleza en los más selectos círculos de la nación. La nuestra es sangre de héroes y de mujeres hermosas. La unión de John y Mary es un lazo más que preservará las mejores virtudes de nuestra estirpe. ¿Pero qué entiendes tú de eso? ¿Dónde está nuestra hija?

- SILVIA: En su habitación. Acaba de dar un paseo en coche. Ya le he avisado.
- HENRY: Es preciso que se dé prisa. John llegará de un momento a otro.
- SILVIA: ¿Has hablado ya con John?
- HENRY: Desde luego.
- SILVIA: ¿Y él, qué ha dicho?
- HENRY: ¡Qué ha de decir! Me irritan tus preguntas. John me ha obedecido siempre. Además él es un MacDonald y comprende perfectamente mi punto de vista. Propiedades, dinero y nombre, todo en la misma familia. Así debe ser.
- SILVIA: Así será.
- HENRY: Sí, así será. No sé por qué usas ese tono para decirlo.
- SILVIA: Quizás porque yo no soy una MacDonald. No te irrites, Henry. A mí nunca me han irritado tus reproches. Ni siquiera ése. El que no sea yo de tu propia sangre. El reproche es ofensivo. Yo podría argüir que la mía es tan buena como la tuya. Más aún, podría asegurarte que en mi familia no ha existido nunca esa... enfermedad del nombre y de la sangre que amarga la tuya. Porque habeis sido los MacDonald muy heroicos, muy fuertes y muy hermosos. Pero para ello habeis sabido ser muy inhumanos, muy podridos de prejuicios, muy extraños en vuestras relaciones familiares. Pero ya ves. Nada te reprocho. Tu sangre y la mía se han fundido en Mary. En ella pienso. Te ruego que esto de su matrimonio con John sea una proposición que ella pueda rechazar si lo desea.
- HENRY: ¿Qué quieres decir?
- SILVIA: Quiero decir que tu proyecto no sea una imposición para nuestra hija.
- HENRY: ¡Absurdo! ¿Qué es lo que intentas? ¿Minar mi autoridad de padre?
- SILVIA: Mary puede no amar a John, Henry. Hasta llegué a pensar que le interesaba... Jean Lamberthier.
- HENRY: (Colérico) ¡Basta! De modo que es éso. ¡Romanticismo! Creía que ya había pasado de moda. Pero no pasará mientras existan mujeres débiles y sensibleras como tú. ¡No quiero oír hablar más del asunto! Te digo que...
- (Por el fondo entra Mary)
- MARY: (Sonriente) Buenos días, papá. (Le besa) ¿Deseabas hablarme?
- HENRY: Sí, siéntate. (Ella obedece) Se trata de John.
- MARY: (Alarmada) ¿John? ¡Dios mío! ¿Le ha ocurrido algo?
- HENRY: No, nada le ha ocurrido. Dime... ¿le quieres tú?
- MARY: Claro. ¿Por qué lo preguntas?
- HENRY: Porque el hecho de que tú lo quieras no me hará aparecer a los ojos de tu madre como un MacDonald déspota. Bien, Mary. John será pronto tu esposo.
- MARY: ¡Mi esposo! ¿John mi esposo? (Sonriendo incrédula) Pero es absurdo. Bien es verdad que de niños jugábamos a los esposos. Pero ahora John es un hombre.
- HENRY: Sí, el hombre que te llevará ante el altar.
- MARY: ¿Pero hablas en serio, papá? Creí que se trataba de una broma. John no puede ser mi esposo.
- HENRY: ¿Por qué no, si puede saberse?
- MARY: (Sonriendo) Porque es mi primo. Porque es... casi mi hermano. Si yo tuviese un hermano no podría casarme con él, ¿Verdad?
- HENRY: Si tú tuvieras un hermano no sería preciso que te casaras con John. Pero es que este tronco familiar no puede dejar de llamarse MacDonald.
- MARY: Es que yo soy MacDonald, papá. ¿No basta éso?
- HENRY: Dejarás de serlo si te casas con otro que no sea John. Y tus hijos tampoco se llamarían MacDonald.

MARY: ¿Pero es tan importante llamarse MacDonald?
 HENRY: Basta ya de explicaciones. Tendréis dos meses para los preparativos. La boda se celebrará en junio.
 MARY: ¡La boda!
 SILVIA: Henry, dales tiempo.
 HENRY: Les doy dos meses. ¿No es suficiente?
 SILVIA: No me refiero a éso y tú lo sabes, Henry. Henry.

MARY: ¡La boda! Es decir, yo casada con John. ¡Con John! ¡Con un ser u que es como mi hermano! (Da un grito de espanto y va a arrojarse en los brazos de Silvia) No, mamá, no puedo. ¡No puedo! Tú me comprendes, ¿verdad? Es casi mi hermano. ¿Cómo puede ser mi esposo No quiero pensarlo. ¡Es horrible! Siento repugnancia, aversión... Oh, Dios mío. Mamá, ayúdame, protéjeme. John es como mi hermano, Mi hermano. MI HERMANO.

(El mismo juego de la escena anterior, ésta vez con la frase: "MI HERMANO" a tiempor que languidece la luz azul. Igual que al final de la escena anterior se acelera el sonido rítmico de los cascos sobre los adoquines hasta convertirse en galope. La voz de Ramiro: "LAS RAMAS ESTAN ENFERMAS. RAMAS ENFERMAS DEL VIEJO TRONCO. RAMAS ENFERMAS." El sonido de los cascos recobra su ritmo original. Se ilumina la escena detrás del telón transparente.

En escena, Catherina. Tiene un parecido asombroso a Teodora' Epoca: Durante la primera década del siglo actual. Catherine, sentada, solloza. Por el fondo entra Gustavo.

GUSTAVO: ¡Mamá! (Va hacia ella y la abraza) ¡Mamá! Lloras otra vez. No cesarás nunca de sufrir. (Con voz dura) No cesarán de hacerte sufrir.
 CATHERINE: (Tratando de ocultar sus lágrimas) Calla, hijo. Si no sufro. No es nada. (Esforzándose en sonreír) Tonterías. Esta jaqueca que me agobia.
 GUSTAVO: ¡Pobre madrecita! No es preciso que disimules conmigo. Sé que sufres. Sé que él...
 CATHERINE: (Precipitadamente) No, por Dios. (Évantándose) No nombres a nadie. Nadie me hace sufrir. ¿Comprendes, Gustavo? Nadie. Nadie.
 GUSTAVO: Es inútil fingir que lo ignoramos. Son sus celos los que destrozan tu vida. ¿Qué culpa tienes tú de ser hermosa? ¿Cómo es posible culpar a los hombres que rinden homenaje a tu hermosura? Pero él no puede tolerarlo. Le roen los celos, la envidia, el egoísmo...
 CATHERINE: (Severa) Gustavo, estás hablando de tu padre. Te prohibo...
 GUSTAVO: Sí, ya sé que hablo de mi padre. Perdóname. Es que no comprendo su actitud, Yo también he sentido celos de los que te admiran. Pero yo no te martirizo. Yo te quiero más y más para que mi amor borre todas las admiraciones y todos los homenajes que recibes.
 CATHERINE: (Con ternura) ¡Gustavo, qué niños eres! Tú no puedes comprender. No trates de comprenderlo. Sólo te pido que no olvides que tu padre... es tu padre. (Suspirando) Y yo con él soy feliz.
 GUSTAVO: (Violento) No, eso no. Sé que no es cierto. No puede ser cierto.
 CATHERINE: (Melancólica) Hijito. Eres tan ciego cuando se trata de cosas que me atañen. ¡Oh, no creas que te reprocho. No. Me siento orgullosa de tu amor filial. Eres mi más ferviente admirador y tu cariño es el más hermoso de los homenajes. Pero escucha. Tu padre, Gustavo, no tiene otro defecto que el de llamarse MacDonald.
 GUSTAVO: (Bruscamente) Odio ese apellido. Le odio.
 CATHERINE: (Sonriendo con tristeza) No digas niñerías. También tú te apellidas MacDonald. Y aunque no sea ese mi apellido por mis venas corre de la misma sangre que tanto enorgullece a tu padre. Ya ves, somo buena gente. Sentimos, reimos, lloramos y amamos como los demás.
 GUSTAVO: Mi padre no siente como los demás.
 CATHERINE: Lo que ocurre es que en tu padre se han concentrado las virtudes más,, violentas de la familia. Es temerario, impulsivo...
 GUSTAVO: (Interrumpido) Déspota.

- CATHERINE: Autoritario más bien. Posesivo, sí. Bastante egoísta, sin duda, pero en el fondo es humano. Hay que entenderlo. Déjame a mí manejar a tu padre. ¿Quieres? Yo le entiendo. No te preocupes por nosotros. No trates de buscar significados ocultos en mis lágrimas, en sus palabras, en nuestras miradas...
- (Por el fondo entra Raymond MacDonald. Catherine le ve venir y sin inmutarse, exclama con perfecta naturalidad)
- CATHERINE: ¡Raymond! Regresas muy temprano.
- RAYMOND: (Con voz apretada) Necesito hablarte.
- CATHERINE: Sí, desde luego. Gustavo, encontrarás las tabletas de la jaqueca encima de mi velador. Llévalas al saloncito que luego iré allí a reunirme contigo.
- GUSTAVO: Las traeré aquí. Es preciso que te alivies de esa jaqueca cuanto antes. (Sale por el fondo)
- CATHERINE: Bien, Raymond, espero la escena.
- RAYMOND: De modo que sabes a lo que vengo.
- CATHERINE: Basta verte para saberlo. Hasta podría repetir por adelantado las palabras que vas a pronunciar.
- RAYMOND: Pero esta vez no se trata de palabras si no de hechos.
- CATHERINE: (Riendo) Eso también lo has dicho antes. Si no me equivoco fue cuando Jim Montgomery, el inglesito, vino a devolverme un pañuelo que había perdido en la iglesia. Aquel pañuelo era también para tí, un hecho.
- RAYMOND: No se trata de Jim Montgomery. El sábado en el baile del Club bailaste tres piezas con Henry Claudel.
- CATHERINE: Efectivamente. Un vals y dos polkas. Lo recuerdo con exactitud.
- RAYMOND: ¿Por qué? ¿Por qué lo recuerdas?
- CATHERINE: (Sonriendo) Porque Henry Claudel es un gran bailarín.
- RAYMOND: El martes, en el teatro, vino él a nuestro palco.
- CATHERINE: Si no me equivoco vino a hablarte de un caballo que deseaba comprar. Como eres un conocedor... no me extrañó que quisiera consultarte. ¿Lo compró por fin?
- RAYMOND: No sé ni me importa. El jueves te envió un ramo de flores.
- CATHERINE: El jueves era día de mi cumpleaños y recibí diez ramos de flores.
- RAYMOND: Pero el de ese extranjero era el más hermoso.
- CATHERINE: ¿Y qué hay de malo en eso? Con ello demuestra ser más espléndido que tus socios y parientes. Pero dime, Raymond, ¿has dejado tu despacho para venir a repasar las actividades sociales de la semana?
- RAYMOND: No. Vine a mostrarte esto. (Agita un papel en su mano) Un billete. Un billete amoroso.
- CATHERINE: (Encogiéndose de hombros) Nunca he escrito billetes amorosos.
- RAYMOND: Pero los recibes. Los recibes de tus ... amigos.
- CATHERINE: ¡Raymond! Basta ya de estupideces.
- RAYMOND: ¿Sabes quién escribió esto?
- CATHERINE: No lo sé ni me importa saberlo.
- RAYMOND: Henry Claudel. Y te llama Cathy. (Agarrándole una muñeca) ¿Cuáles han sido tus concesiones para con Caludel que se atreve llamarte Cathy?
- CATHERINE: (Irguiéndose) Más insultos, no, Raymond. Ya son suficientes tus celos y tus sospechas.
- RAYMOND: ¿Quieres decirme que esto no es una prueba?
- CATHERINE: No quiero decirte nada. Pero podías pensar que en esta ciudad hay centenares de mujeres con mi nombre a quienes sus novios o amantes pueden llamar Cathy.

- RAYMOND: De modo que una vez más tu razonamiento destruye mis pruebas. Una vez más eres una mujer fiel y honrada. (Sacudiéndola con rabia) ¡Qué odiosamente hermosa eres! ¡Qué terriblemente inteligente para explotar tu hermosura! He sido un juguete en tus manos. ¿No es cierto? ¡Contesta! (Con voz apretada) ¡Qué has hecho de mi nombre y de mi fuerza? ¡Qué poder tienes para convertir a un MacDonald en un guiñapo humano
- CATHERINE: ¿No me escogiste por esposa precisamente por mi sangre MacDonald? Yo también soy de los tuyos, Raymond.
- RAYMOND: De una rama bastarda.
- CATHERINE: Las ramas bastardas son las que dan vida a una raza decadente y débil. Pero es inútil. El mito de los MacDonald no se prolongará por mucho tiempo, Raymond. Tu apellido se extinguirá en nuestros hijos. Nada puedes hacer para evitarlo.
- RAYMOND: (Con voz ronca) Calla. Eres odiosa. Eres perversa. Me has torturado durante años. Has hecho de mi vida un infierno. Te complaces en provocar a los hombres. Y sé que me has sido infiel. No, nunca he tenido pruebas. Y cuando las he tenido tú las conviertes en humo, en palabras... Ante tu astucia se desvanecen las pruebas... (Ella le da la espalda y él se acerca a ella hablándole muy cerca del oído, quemando su nuca en el odio de sus palabras) Y yo he querido creer que no existían. Me he dejado engañar... Y lo sabía. Tu me has traicionado. Lo he sentido siempre en ti... (Siempre hablándole por encima del hombro de ella empieza a palpar febrilmente los brazos desnudos y caídos de Catherine) En tu carne... Tus labios han besado labios que no son los míos... (Ella permanece inmóvil, fascinada por un súbito terror, siguiendo con sus ojos las manos de él que suben por sus brazos desnudos) Y otros brazos han estrechado tu cuerpo. Y te han deleitado palabras que yo jamás he pronunciado. Tu carne es lujuriosa. Tu cuerpo emana lascivia. Y ello te complace. Te gozas en ese triunfo indecente de la carne. (Lentamente) Pero ya no más, Catherine, ya no más. (Sus dedos suben por el escote y se enroscan al cuello de Catherine) He sufrido ya bastante. Me he consumido demasiado en este fuego del infierno. Es ya hora de que el fuego consuma también tu carne. (Ella lanza un grito de terror y quiere escapar, pero sólo logra volverse a él, sin que Raymond haya soltado su cuello. Se miran a los ojos en un instante de silencio.)
- CATHERINE: Déjame, Raymond, déjame.
- RAYMOND: ¿Por qué he de dejarte, Catherine? (Ella trata de retroceder y cae sentada en el brazo de una butaca. Raymond aprieta su cuello con rabia) Es preciso matar tu hermosura.
- CATHERINE: (Jadeante, espantada) Estás loco, Raymond. Me ahogas.
- RAYMOND: ¡Qué fácil es matar, Catherine, qué fácil es!
- CATHERINE: (En grito ahogado) No. Estás loco. Estás...
- (Entra Gustavo por el fondo)
- GUSTAVO: ¡Madre! (Se abalanza sobre Raymond) ¿Qué haces? ¿Qué haces?
¡Asesino! (Luchan)
- CATHERINE: (Con voz ahogada) No. Por Dios, No. (Su cuerpo desfallecido dobla sobre el espaldar de la butaca)
- GUSTAVO: (Luchando con Raymond) He de matarte.
- RAYMOND: ¡Gustavo!
- GUSTAVO: Te he odiado siempre.
- RAYMOND: (Luchando) Lo sé. Igual que tu madre.
- GUSTAVO: No la nombres. No la nombres.
- CATHERINE: (Reaccionando) Gustavo. Gustavo. ¿Qué haces? (Va hacia ellos y trata de separarlos) Gustavo. Cesad ya esta locura. ¡Raymond! ¡Raymond! (Logra separarlos) ¿Os habeis vuelto locos? Gustavo Raymond. Dios mío, esto es horrible. (A Gustavo) ¿Como pudiste hacerlo! ¡Es tu padre! Perdónale, Raymond. (Raymond, jadeante, con aspecto de derrota se dirige vacilante al fondo) ¡Raymond! ¿Dónde vás? ¡Raymond! (Raymond sale por el fondo) (Catherine solloza) Es horrible. ¡Horrible!

- GUSTAVO: Soy yo quien te hace llorar. Perdóname, madre. De pronto me sentí hombre y no pensé que era también hijo. (Ella se deja caer en la butaca) Y yo quiero ser siempre hijo, pero hijo tuyo. No quiero crecer. Quiero estar a tu lado. Quiero sentirme niño. Es horrible sentirse hombre. ¡Es horrible! Dime que me perdonas, madre.
- CATHERINE: ¡Hijo! ¡Pobre hijo mío!
- GUSTAVO: (Arrodillándose a los pies de ella) Quiero borrar de tu vida este momento terrible. Y lo borraré a fuerza de amor y de caricias. Estaré siempre a tu lado. Te lo juro, madrecita. A tí, dedicaré mi vida, como hasta hoy. Porque mi vida no tendría razón de ser si no la dedicase a adorarte. Seré tu amigo, tu esposo, tu admirador, tu hijo. Llenaré todos los rincones de tu corazón. Sólo yo, ¿comprendes? (Apoyando la cabeza en las rodillas de Catherine) Sólo yo en tu corazón. Porque Teodora y Flisa se casarán y se marcharán de nuestro lado. Pero yo no me casaré nunca.
- CATHERINE: Gustavo;
- GUSTAVO: A nadie querré si no a tí. ¡Qué hermosas son tus manos! No me separaré de tu lado. Así quiero estar. Junto a ti. Madre. Madre. MADRE.
- (Al extinguirse rápidamente la luz azul suena una bocina de automóvil y cesa bruscamente el ruido de los cascos en los adoquines. Desaparece la cortina negra del fondo y luego el telón de gasa. La escena se ilumina con luz normal paulativamente hasta quedar iluminada como en el instante en que Gustavo y Elisa abandonaron la sala. Vuelve a oírse la bocina del auto. Breve intervalo. Entra Gustavo por el fondo.)
- GUSTAVO: (Al ver a Ramiro) ¡Ah, está sólo:
- RAMIRO: No. Estaba con los MacDonald.
- GUSTAVO: ¿Y Teodora?
- RAMIRO: No me refiero a Teodora.
- GUSTAVO: (Encogiéndose de hombros) No te comprendo, sobrino.
- RAMIRO: (Levantándose) Ciro MacDonald y su hija Betty. Allá para los albores de nuestra familia. Cuando empezamos a hacernos ricos, poderosos e inhumanos. Luego Henry MacDonald y Silvia, su resignada esposa. Cuando nuestro nombre estaba en todo su apogeo y los prejuicios de casta empezaron a podrir nuestra sangre. Mary MacDonald, la hija de Henry, y su primo y esposo John, víctimas de la tribu y a su vez víctimas para las nuevas generaciones de esta inefable familia norteamericana. Viejas y encantadoras estampas de nuestro album familiar. Prejuicios, crímenes y podredumbre por conservar la pureza de una raza superior. Y luego, Raymond, Catherine...
- GUSTAVO: ¿Catherine?
- RAMIRO: Sí, Catherine.
- GUSTAVO: ¿Qué quieres decir?
- RAMIRO: Y Gustavo. Gustavo MacDonald.
- GUSTAVO: (Nervioso.) Comprendo. Padesces de alucinaciones.
- RAMIRO: No sé si ha sido alucinación o recuerdo de viejas historietas de familia escuchadas en mi infancia. Sólo sé que me han sido reveladas muchas cosas.
- GUSTAVO: Neurosis, querido. Dicen que el mejor remedio es un tratamiento psicoanalítico.
- RAMIRO: Lástima que el psicoanálisis no existiera cuando Ciro MacDonald era dueño y señor de sus dominios.
- GUSTAVO: Dejemos el pasado a la historia.
- RAMIRO: Y el psicoanálisis a los psicoanalistas. Pero hablemos de genética.
- GUSTAVO: No seas aburrido. Psicoanálisis, genética. ¡Bah! ¿Te figuras asistir a una cátedra universitaria?
- RAMIRO: No. Sé que estoy en casa de los MacDonald. Pero dices bien. La ciencia es aburrida. Además no nos conviene buscar respuestas a las preguntas que plantean los problemas familiares. (Bruscamente) ¿Era muy hermosa tu madre, verdad?

- GUSTAVO: (Turbado) No comprendo a que viene esta conversación.
- RAMIRO: Teodora y Catherina tienen un parecido asombroso.
- GUSTAVO: (Nervioso) ¿Es algo extraordinario que la hija se parezca a la madre?
- RAMIRO: Todo lo contrario. Es muy natural. Es natural también que el que haya amado a la madre se sienta inclinado a amar a la hija.
- GUSTAVO: Basta ya. Estás hablando cosas sin sentido.
- RAMIRO: Las cosas sin sentido son las que más sentido tienen para el hombre. A tu edad podías haberlo comprendido, tío de mi alma. Oh, no te extrañe la cariñosa familiaridad. Los MacDonald siempre hemos sido muy unidos. Siempre nos hemos amado de un modo extraordinario. ¿Te has dado cuenta? Durante siglos hemos hecho de nuestra América una concha limpia de ingerencias extrañas. Hemos odiado todo lo que fuese extranjero. Más aún, hemos levantado una valla infranqueable para los nuestros que no pertenecen a la raza privilegiada. Conservamos aún el complejo de Ciro MacDonald, respeto a los negros y a los extranjeros. Para nosotros, los MacDonald, la guerra civil no fué ganada por el Norte. Para nosotros el negro sigue siendo un esclavo, poco menos que un perro. Y toda esa pureza racial y americanista se ha ido corrompiendo dentro de la concha. Y de tanto amarnos a nosotros mismos hemos perdido la conciencia de lo que es el amor. Y nos odiamos dentro de la concha con la misma pasión que nos amamos. Y cuando sangra nueva se inyecta a la nuestra que está podrida de egoísmos y de prejuicios, esa nueva sangre nos sirve de veneno. Y así, encerrados en nuestra podrida pureza americana los MacDonald vamos hacia la extinción total. El amor por nosotros mismos nos aniquila, y lo merecemos, querido tío.
- GUSTAVO: No supondrás que voy a seguir escuchando tus locuras. Buenas noches. Espero que la almohada te vuelva un poco a la razón.
- RAMIRO: Lo que esperas es que me quite la poca razón que me queda. ¿No es eso? Ay, tío, qué mal compensas mi cariño. Y dime, ¿cuándo deseas que abandone esta casa?
- GUSTAVO: Eso es cosa tuya.
- RAMIRO: ¡No! Eso es cosa nuestra. Nuestra, ¿comprendes? Porque ya sabemos cuál es el lazo que nos une. Gustavo MacDonald y Ramiro García. Dos ramas idénticas. Ramas enfermas del viejo tronco podrido. (Ríe silenciosamente) Espera. Escucha. Quizás yo no me marche. Quizás decida permanecer junto a los míos. (Gustavo sale por el fondo) Después de todo soy un MacDonald. ¿Me oyes? Un MacDonald, Gustavo. Un MacDonald que no puede traicionar su sangre. (Ríe ruidosamente)

ACTO III

Dos años después. La misma decoración del Cuadro I. Sala, con jardín a la derecha. Es de noche, Un telón de gasa oculta la sala. La escena a oscuras. Un dardo de luz azul ilumina a Gustavo en el jardín, quien fuma apoyado en un árbol, mirando hacia la sala, a través de la puerta vidriera. Los árboles y arbustos del jardín están desnudos de hojas. Se oye la misma música irreal del principio de los cuadros anteriores.

- GUSTAVO: (Pensando) Un MacDonald. Un MacDonald que pudo traicionar su sangre. Dos años... Dos largos y angustiosos años... Parecía que con Ramiro se alejaba también la sombra que envolvía esta casa. Dos años... Pero el tiempo no cuenta para los MacDonald. Somos los mismos... Indénticos, inmutables... Ciro, Henry, Gustavo, Ramiro... El mismo sol hiere nuestros rostros... La misma luna enfría con su plata nuestros cabellos. La misma vida destroza nuestros corazones... Todo inexorable, fatal... Y el nombre y la sangre me arrancaron de mi penumbra... Creía que mi drama había muerto muchos años atrás... Pero el drama de estos otros MacDonald es un reflejo del mío... También yo debía actuar junto a ellos... Yo, que me complacía en ser espectador de la vida... Pero no existen espectadores... No. Todos hemos de retorcer nuestras angustias de exprimir nuestros dolores ante las candilejas del mundo...

La máscara que nos oculta ha de caer hoy o mañana... La realidad no admite la penumbra... La verdad no puede ocultarse. ¡La verdad! Es como un diablillo que salta de la subconciencia a la conciencia. No pertenece a un hombre si no a todos los hombres... No es la verdad que afecta a una familia si no a toda una nación. El incesto simbólico del Paraíso no es sólo de Adán y Eva. La envidia de Caín no pertenece sólo a él... Todos los actos de todos los hombres pertenecen a toda la humanidad... Dos años... Ramiro está ausente. No volverá jamás... Pero la sombra no se disipa. Ese algo que pesa sobre las almas sigue pesando siempre... La partida de un MacDonald no altera el drama de los MacDonald... Somos los mismos... Siempre los mismos... La vida sigue su curso. Teodora, hace calceta. (Un rayo de luz blanca ilumina a Teodora, sentada en la sala, haciendo calceta) Entre las agujas se va escurriendo su tragedia, silenciosa... implacable... Ramiro pertenece a la marina. La marina de guerra... Partió de aquí hace dos años... No volverá. Ella lo sabe. ¡Pobre Teodora! Empieza a marchitarse su belleza. Hoy su hermosura no tiene razón de ser. ¿Para qué ser hermosa? Ya no es mujer ni es madre. Podía pensar que es hermana... Pero no... No lo piensa. Yo nunca he significado mucho en su vida... Y sin embargo... Soy el único que la comprende... Ahora puedo comprenderla... ¡Pobre Teodora! La tragedia se escurre entre sus dedos febriles... silenciosa... No hay sangre en su tragedia... No hay imprecación en su dolor... No hay violencia en su angustia... Todo en ella es silencio. Terrible y patético silencio... Y la vida sigue su curso... Enrique lee un diario en la paz quieta y silenciosa del hogar... (Un rayo de luz blanca ilumina a Enrique leyendo) ¡Pobre extranjero! ¡Pobre víctima de los MacDonald! ¡Qué sabe él de nuestra vida! Tuvo un hijo y perdió un hijo. Tuvo una esposa y perdió una esposa... Es que el hijo y la esposa no eran suyos... Pertenecían al Totem de la tribu. Eran MacDonald... Y él, sin comprender exactamente lo que ocurre en su vida, finge vivir... Se hace la ilusión de que posee un hogar... que no es suyo. Teodora hace calceta... Enrique lee un diario... Es el mismo cuadro hogareño de hace doce años... El mismo... Y sin embargo, tan distinto... Tan otro... (Por el fondo entra Elisa en "negligée" y se dirige al teléfono) También como entonces, Elisa espera... (Elisa marca un número) La espera se hace eterna... Novios, maridos, divorcios, amantes... Pero el amor que supo brindarle un descendiente de negros no ha vuelto a su vida... ¿Cuándo volverá el amor, Elisa? ¿Cuándo? Quizás esta noche... (Elisa cuelga) ¿No está en casa, Elisa? Llámale a la oficina. Quizás se haya retrasado en su trabajo... (Elisa marca otro número) El trabajo suele retener al hombre... americano. Es su refugio. Es... una especie de fuga a la vida... y al hogar... O es... una excusa para faltar a la cita comprometedora. ¿No está, Elisa? (Elisa cuelga) No. Pero, ¿qué importa? El te ha prometido venir. Vendrá... Sí... (Sale Elisa fondo) Quizás... Y su nombre será... ¡Qué importa, Antonio! Federico, Pedro, Juan... No es el nombre lo que Elisa espera... Es el AMOR. Lo malo del amor es que tiene nombre y carne... Pobre Elisa... Ha de ser un Juan o un Pedro. No será nunca el amor como ella lo sueña... Y esta noche Elisa espera que él venga. Olvidará sus fracasos... sus divorcios... sus frustraciones... y vestirá sus mejores galas. Irán al baile... Y después... Después...

(Cesa la música, se descorre el telón de gasa y se apaga el rayo de luz que ilumina a Gustavo. La sala va iluminándose normalmente. Gustavo ha desaparecido. Enrique, siempre leyendo, coge un cigarrillo y lo pone en sus labios. Busca inútilmente las cerillas).

ENRIQUE:

Pues señor, creí tener cerillas. ¿Sabes tú donde están las cerillas, Teodora?

TEODORA:

(Atenta siempre a su labor) En el bolsillo izquierdo de tu chaqueta.

(Enrique mete la mano en el bolsillo indicado y saca las cerillas)

ENRIQUE:

Ah, es cierto. Gracias. (Enciende) ¡Qué larga se hace la velada! ¿Quieres que encienda la radio?

TEODORA:

¿Para qué?

ENRIQUE:

Claro, ¿para qué? Será la misma música, las mismas noticias. Quizás prefieras jugar una partida de "poker".

- TEODORA: (Siempre tejiendo y siempre indiferente al diálogo) Diríase que habla por medio de un mecanismo frío e irrazonable.) Si eso te complace...
- ENRIQUE: No sé. Pero podríamos intentarlo.
- TEODORA: Como quieras. (El busca las cartas y las fichas y acerca una silla a la mesita que está junto a la butaca de Teodora)
- ENRIQUE: ¿Me permites? (Coge la cesta del tejido)
- TEODORA: Déjala aquí. (Señala al suelo, junto a ella) El la deja en el lugar indicado. Se sienta y baraja)
- ENRIQUE: ¿Qué valor tendrán las fichas?
- TEODORA: (Tejiendo) El que tú quieras.
- ENRIQUE: Blancos, un dólar. Azules, cinco. Y rojas, diez. ¿Cuántos dolares quieres?
- TEODORA: Veinte.
- ENRIQUE: (Contando las fichas) Cinco de uno, dos de cinco y una de diez. ¿Cerrado o abierto?
- TEODORA: Cerrado si te parece bien.
- ENRIQUE: Cerrado. (Da las cartas) Bien. (Examina sus cartas) Ah, nos olvidamos... ¿Uno, no? (Echa una ficha blanca. Ella interrumpe su labor y echa una ficha blanca en el centro de la mesa) ¿Abres? No parece entusiasmarte el juego.
- TEODORA: (Examinando rápidamente sus cartas) Nunca me ha entusiasmado. Paso.
- ENRIQUE: Abro con cinco. (Echa una ficha azul) Descarte. ¿Cuántas quieres?
- TEODORA: Cuatro. (Enrique descarta dos y sirve las cartas) Estás muy pálida.
- TEODORA: Me hará falta maquillaje.
- ENRIQUE: Llevas una vida poco higiénica. Siempre encerrada....
- TEODORA: ¿Aumentas la apuesta?
- ENRIQUE: Sí. A diez. (Echa una ficha roja)
- TEODORA: (Echando una ficha roja.) Van los diez.)
- ENRIQUE: No resulta muy interesante un "poker" entre dos.
- TEODORA: No. Realmente nunca me lo ha parecido.
- ENRIQUE: ¿Qué tienes?
- TEODORA: (Mostrando sus cartas.) Escalera menor.
- ENRIQUE: ¡Increíble! Y yo que me sentía seguro con mi trío de ases.
- TEODORA: Nadie puede estar seguro de su juego. Ni aún contando con trío de ases...
- ENRIQUE: ¿Otra mano?
- TEODORA: Perdona. La verdad es que no tengo humor para el "poker". (Reanudando su labor.)
- ENRIQUE: Pero tienes suerte.
- TEODORA: Como si no la tuviera. No sé gozar de mi suerte. ¿Por qué no juegas un solitario.
- ENRIQUE: No. Es demasiado aburrido. (Se levanta) ¿Y Elisa? Creí que iba a salir esta noche.
- TEODORA: No sé. Supongo que espera visita.
- ENRIQUE: Sí, otra visita...
- TEODORA: ¿Te molesta?
- ENRIQUE: (Encogiéndose de hombros) No... Tampoco es que desee inmiscuirme en su vida... ¿Pero no crees que ya es hora de que Elisa...?
- TEODORA: (Interrumpiéndola) Sí, ya es hora. ¿Pero quién va a convencerla de ello?
- ENRIQUE: Tú, que eres su hermana.

- TEODORA: Demasiado tarde, Enrique. Además me inspira terror volver a meterme en asuntos íntimos de los cuales pueda depender la felicidad o la desgracia de un ser humano. Elisa ha de orientar lo que le quede de vida según su propia conciencia.
- ENRIQUE: ¿Remordimientos?
- TEODORA: Quizás...
- ENRIQUE: Comprendo. Es cosa de dejar que la vida siga su curso...
- TEODORA: Sí. Un curso implacable que ni tú ni yo podemos desviar.
- ENRIQUE: Estás hablando de Elisa, ¿no es cierto?
- TEODORA: Sí, de Elisa hablaba.
- ENRIQUE: Me pareció...
- TEODORA: ¿Qué te pareció?
- ENRIQUE: Que tus palabras se referían a nosotros.
- TEODORA: ¿A nosotros? ¿Por qué a nosotros?
- ENRIQUE: Teodora...
- TEODORA: Te escucho, Enrique...
- ENRIQUE: Dime, ¿soy culpable de algo? ¿Es decir... tienes algo que reprocharme, además de mi sangre extranjera?
- TEODORA: (Después de interrumpir bruscamente su labor la reanuda y contesta con la misma impasibilidad anterior) Nada. Eres el mejor de los hombres.
- ENRIQUE: Y ello, ¿te hace feliz?
- TEODORA: Hace tiempo dejé de creer en la felicidad, querido.
- ENRIQUE: ¿Pero no te parece todo esto injusto y cruel?
- TEODORA: Sí.
- ENRIQUE: Porque yo tengo derecho a un poco de felicidad. Yo creo en ella... Creo posible alcanzarla a través de tu amor...
- TEODORA: Hablas como un estudiante enamorado. Es ridículo a tu edad...
- ENRIQUE: ¿Es que por mi edad he de renunciar al amor de mi propia esposa?
- TEODORA: (Alzando la vista a él) ¿Mi amor? Si soy capaz de sentir amor, ese amor es todo tuyo. (Tetornando la vista al tejido) Sé feliz con él.
- ENRIQUE: No puedo serlo sabiéndote desgraciada.
- TEODORA: ¿Y quién te dice que soy desgraciada?
- ENRIQUE: Lo sé. No es preciso que lo digas. Lo sé.
- TEODORA: Ni siquiera eso, Enrique. Ni siquiera eso. En mí se ha borrado todo límite entre la desgracia y la felicidad. Mi conciencia no percibe ya ni la una ni la otra.
- ENRIQUE: ¿Por qué?
- TEODORA: No sabría decirlo.
- ENRIQUE: Has perdido un hijo, es cierto...
- TEODORA: (Estremeciéndose a pesar suyo, pero sin interrumpir su labor) ¿Es que alguna vez lo tuve?
- ENRIQUE: Pero cuando se pierde un hijo, se llora, se lamenta, se guarda luto en el alma. Así he sentido yo su pérdida. Porque yo también soy padre....
- TEODORA: Lo sé.
- ENRIQUE: He agotado todos los recursos por averiguar su paradero. Ha sido inútil... Aunque viviera su ausencia para nosotros equivale a su muerte... Esa ausencia debió unirnos más. Y sin embargo nos separa...
- TEODORA: No lo creo. Estamos uno junto al otro. Como siempre.
- ENRIQUE: ¡Uno junto al otro!
- TEODORA: Así debe ser.
- ENRIQUE: Pero es Ramiro el que...

- TEODORA: (Violenta por vez primera en el transcurso de la escena) ¡Basta! ¿Es que te complace hablar siempre de lo mismo?
- ENRIQUE: No es que me complazca...
- TEODORA: Olvídalo, entonces!
- ENRIQUE: ¿Lo has logrado tú?
- TEODORA: (Recobrando su serenidad) Nunca hablo de él...
- ENRIQUE: Sería mejor que hablaras...
- TEODORA: Me distraes de mi labor. He equivocado un punto...
- ENRIQUE: Es terrible equivocarse un punto, ¿no?
- TEODORA: Sí a uno le interesa el tejido sí. ¿Has visto a Gustavo?
- ENRIQUE: Creo que salió. Eres con él tan reservada como conmigo?
- TEODORA: ¿Por qué había de serlo menos?
- ENRIQUE: Es tu hermano...
- TEODORA: Y tú mi marido...
- ENRIQUE: Pero él es un MacDonald, como tú...
- TEODORA: Yo soy una García. Por algo soy tu esposa...
- ENRIQUE: En cierto modo, sí...
- TEODORA: El único MacDonald en la casa es Gustavo.
- ENRIQUE: El último querrás decir. Creo que con tu hermano se extingue el apellido.
- TEODORA: No lo siento demasiado.
- ENRIQUE: Es extraña la soltería de Gustavo.
- TEODORA: ¿Extraña por qué?
- ENRIQUE: Los MacDonald siempre han deseado prolongar su linaje.
- TEODORA: No siempre. Ya ves que hay excepciones.
- ENRIQUE: Sin embargo, repito que es extraño. No me lo explico.
- TEODORA: (Violenta) ¿Es que ha de haber explicaciones para todo?
(Transición, después de una breve pausa) Te debo cuatro dólares.
- ENRIQUE: ¿Cuatro dólares?
- TEODORA: ¿Tampoco te lo explicas?
- ENRIQUE: No. No recuerdo...
- TEODORA: Te olvidas de la jugada de "poker". Compré 20 y sólo gané 16. Toda vez que no te compré las fichas al contado quedo debiéndote cuatro.
- ENRIQUE: Ah, eso. Bah, no tiene importancia.
- TEODORA: ¿Por qué no? Es una deuda de juego.
- ENRIQUE: Ridículo. ¡Deudas entre nosotros!
- TEODORA: Bien, entonces cómprame lana por valor de cuatro dólares.
- ENRIQUE: ¡Pero no acabas de decir que eres tú quien me debes cuatro dólares!
- TEODORA: Eso dije, pero como eres tan delicado en cuestiones de dinero no insisto. Elige tú el color.
- ENRIQUE: ¿Yo? Tengo un gusto pésimo.
- TEODORA: No es cierto. Siempre has elegido muy bien tus corbatas. Precisamente se trata de un "sweater" para tí.
- ENRIQUE: De modo que los cuatro dólares que yo pago de tu deuda volverán a mí.
- TEODORA: No. Lo que volverá a ti será la lana convertida en "seater."
- ENRIQUE: Es lo mismo.
- TEODORA: No. No lo es. ¿Por qué estás ahí de pie? Siéntate.
- ENRIQUE: He estado sentado durante una hora. No sé cómo puedes estar tanto tiempo quieta, haciendo lo mismo.
- TEODORA: No es lo mismo. Los puntos son distintos. ¿Por qué no lees?
- ENRIQUE: Ya he leído.

- TEODORA: No es cierto. Sólo has echado una ojeada al periódico.
- ENRIQUE: (Encogiéndose de hombros) Juzga tú. (leyendo) "La calle 74, Oeste de Nueva York ha sido escenario del más espeluznante crimen que registra la historia."
- TEODORA: ¿Es eso importante?
- ENRIQUE: (Leyendo) "En la carretera número cuatro de Massachussets ha ocurrido un espectacular choque entre un camión, dos autos y una moto. Catorce heridos. Dos muertos."
- TEODORA: Debe haber algo menos ingrato que crímenes y accidentes.
- ENRIQUE: (Leyendo) "Rusia es un peligro para las potencias occidentales" afirma el senador Long. Es preciso garantizar el poderío aéreo y marítimo de los EEUU. La marina de guerra norteamericana será responsable de nuestra seguridad en el Pacífico..."
- TEODORA: (Interrumpiendo bruscamente su labor, tensa) La marina de guerra. ¡Guerra!
- ENRIQUE: Bah, no te alarmes. Tardaremos aún algunos años en meternos en otro lío. Pero... ¿qué ocurre? ¿Te sientes mal?
- TEODORA: No. No. Lee. Lee. (Reanuda su labor) La marina de guerra será responsable de nuestra seguridad en el Pacífico...
- ENRIQUE: Dejemos la política. Es tema harto aburrido. ¡Deportes! (Leyendo) "Harvard vence a Yale con puntuación de 18 contra 12." ¡Formidable! El único partido decente de la temporada. ¡Ah, perdona! Olvidaba que no te interesan los deportes. Veamos la crítica teatral. (Leyendo) "Anoche se estrenó en el "Elizabeth una nueva versión de EDIPO. Su autor, Sr. Anthony Cambridge ha realizado una magnífica labor adaptando al teatro moderno la tragedia griega." Oye, hace más de un año que no vamos al teatro. ¿Qué te parece si compro boletos para la obra de Cambridge?
- TEODORA: No me gusta el teatro.
- ENRIQUE: Antes sí te gustaba. Nada, es que has perdido la costumbre de asistir. Ya verás. Esto de EDIPO debe ser interesante.
- TEODORA: (Con voz débil) ¿Conoces la obra?
- ENRIQUE: En sus trazos generales nada más. Pero el mito en el cual se originó la tragedia griega de Edipo sí le conozco. Verás. El sol, mata a su padre que es la noche. Esto es un poco absurdo porque noche es femenino. Pero supongo que en griego antiguo sería masculino. Luego, se desposa con su madre, la aurora. Y sigue su curso, fatal, inexorable, hasta su muerte. Resulta interesante, ¿verdad? Porque eso de atribuirle tendencias incestuosas al sol... (Teodora cae desvanecida al suelo) ¡Teodora! (Corre a ella y la sienta en la butaca) ¡Teodora! (Le da palmadas en las manos) ¡Elisa! ¡Elisa! (Va al "bar" y sirve nerviosamente una copa de cognac) Elisa, ven. ¡Pronto! (Teodora empieza a volver en sí) ¿Estás bien, querida? Be. Esto te dará fuerzas. (Elisa bebe un sorbo) Estás muy débil. Ya te dije que llevas una vida poco higiénica.
- TEODORA: No es nada. Ya pasó.
- ENRIQUE: Te llevaré a tu alcoba.
- TEODORA: No. No es preciso. Estoy muy bien. Gracias, querido. (Recoge el tejido del suelo.)
- ENRIQUE: Deja por lo menos de tejer. Esta luz no es adecuada.
- TEODORA: Veo perfectamente. (Reanuda su labor.)
- (Entra por el fondo Elisa. Viste deslumbrante traje de noche. Trae capa de baile y bolso en la mano.)
- ELISA: ¿Qué ocurre? (Dejando la capa y el bolso sobre una silla.) ¿Por qué llamabas a gritos, Enrique?
- TEODORA: Nada. Me desvanecí y Enrique se alarmó demasiado.
- ENRIQUE: Está muy débil. Le he dicho que debe acostarse.
- TEODORA: Tonterías. Me siento bien.
- ELISA: Te ves muy pálida. Vamos, linda. ¿Por qué no descansas un poco?
- TEODORA: Estás deslumbrante esta noche.

- ELISA: (Coqueta) ¿Te gusto?
- TEODORA: Mucho.
- ELISA: ¿Y tú, Enrique? ¿No me dices nada?
- ENRIQUE: Ya en ocasiones anteriores he agotado todos los objetivos.
- ELISA: Pues repítelos, hombre. ¿Es que no te agrada satisfacer la vanidad femenina?
- ENRIQUE: Guapa, guapísima, requeteguapa.
- ELISA: Tres variaciones sobre un mismo tema, como en música. Gracias, querido.
- TEODORA: ¿Viene Frank a buscarte?
- ELISA: Me dijo que me avisaría por teléfono. Pero es seguro que vendrá.
- ENRIQUE: En otras ocasiones ha dicho lo mismo y no ha cumplido su promesa.
- ELISA: No importa. Es encantador. Además, esta noche vendrá.
- TEODORA: ¿Cómo lo sabes?
- ELISA: Porque es la última oportunidad que le doy.
- ENRIQUE: O la última que él te da a tí para que entres en razón.
- ELISA: Uy, la razón. Es cosa feísima y además, muy aburrida. ¿He de encontrar una razón para querer a Frank? No. Le quiero porque sí. Tengo aún derecho a querer como yo quiera querer. Vamos, no me negareis que soy joven...
- TEODORA: Si te sientes joven, lo eres...
- ENRIQUE: Para ti misma.
- ELISA: ¿Qué quieres decir?
- ENRIQUE: En primer lugar que Frank es casi un niño...
- ELISA: Tonterías. Es todo un hombre.
- TEODORA: Llega un momento para la mujer en que los hombres dejan de buscarla, Elisa.
- ELISA: Pero no en mi caso puesto que soy yo quien busco a los hombres y quien dejo de buscarlos cuando no encuentro en ellos lo que esperaba encontrar.
- ENRIQUE: Eres deliciosamente amoral, cuñada.
- ELISA: Déjate de gruñidos. Cada cual busca su propio camino hacia la felicidad. ¿Qué hora tienes?
- ENRIQUE: Las diez menos cuarto.
- ELISA: (Nerviosa) Es tarde ya...
- TEODORA: Ven aquí... Siéntate. Enrique y yo estábamos jugando cartas, acompañanos... (Suena el teléfono)
- ELISA: Ah, es él. Ya sabía yo que no podía quedar mal. Antes de venir ha querido tranquilizarme... Y decís que es un niño. (Riendo) Hombre o niño es la última oportunidad que le doy. (Toma el auricular) Aló. Aló. ¿Eres tú, Frank? Sí, querido. Claro que esperaba tu llamada. ¿Vendrás...? (Se interrumpe) ¿Cómo? Sí. (Deja de sonreír) No, nada me habías dicho. Pero... (Sombría) Comprendo. No. No estaba vestida. (Disimulando) A decir verdad no esperaba que vinieras. Intuición femenina, ¿sabes? ¿Molesta? No, en modo alguno. ¿El sábado al teatro? No sé. Ah, tampoco tú estás seguro de poder ir? (En voz baja) Sí, comprendo... (Derrotada) Comprendo perfectamente... Lentamente cuelga el auricular mientras murmura) ¡Adiós, Frank, Adiós! (Permanece un instante inmóvil, luego, súbitamente estalla en sollozos. Teodora se levanta y la abraza)
- TEODORA: (Maternal) Elisa. Elisa.
- ELISA: (Ocultando el rostro en el hombro de Teodora) Ha huido de mí. Ha huido de mí.
- TEODORA: Cálmate, chiquilla mía, cálmate. (Pausa)
- ELISA: Tienes razón. Yo nunca había llorado de este modo. Es ridículo. (Haciendo un esfuerzo por dominarse) ¿Hablabas de jugar a las cartas, Teodora?

0073/8/83

ENRIQUE: Efectivamente. Eso es lo que se impone para pasar la velada. Una buena partida. (Prepara la mesa.) Vosotras diréis: poker, pinucle o casino.

TEODORA: Casino. ¿No te parece, Elisa?

ELISA: Me es igual. (Se sientan alrededor de la mesa. La luna ha ido iluminando el jardín durante el transcurso de la escena anterior. Gustavo aparece fumando y entra por la puerta vidriera de la derecha.)

GUSTAVO: ¿Puedo unirme a la partida?

ENRIQUE: Hola, ¿eres tú?

GUSTAVO: Sí, yo. Debo confesar que no parece entusiasmarte mi humilde presencia.

TEODORA: ¿Es que hay alguna razón para que nos entusiasme tu presencia?

ENRIQUE: Creíamos que habías salido. Bueno, si quieres jugar, acerca una silla. (Baraja las cartas.) Es un modo extraño de ganar y perder, pero no puedo quejarme. Juegas tú, Teodora. (Gustavo está ya participando del juego.)

TEODORA: (Echando una carta boca arriba.) Pésimo juego el mío. Es tu turno, Elisa.

ELISA: (Mirando sus cartas y echándose de pronto a llorar.) ¡No puedo! ¡No puedo! (Se levanta bruscamente y se dirige al fondo.)

(Ramiro aparece en el "hall", al fondo. Elisa en su huida tropieza con su sobrino.)

RAMIRO: ¿Qué modo de correr es ése? Pero... ¡estás llorando! ¿Qué pasa? (Mira a la sala.) Huyes de las fieras, ¿no es cierto? ¿Ha sido muy cruel el zarpazo?

GUSTAVO: ¿Llamas zarpazo a los flechazos de Cupido? ¡No seas tonto, sobrino. ¿A quién pretendes culpar por el corazón demasiado vulnerable de nuestra pequeña Elisa?

RAMIRO: A los que se gastan el lujo de no tener corazón.

GUSTAVO: Palabras. Palabras. Comprendo que el jugar con las palabras sea característico de tu flamante carrera. No obstante, te agradecería que reservaras el juequecito para cuando tengas que deslumbrar a un jurado imbécil. Aquí, en el ambiente familiar, resulta de una artificialidad detestable.

(TEODORA reanuda el tejido)

RAMIRO: (Adaptándose con Elisa del brazo.) ¿A qué llamas tú ambiente familiar, querido tío?

ENRIQUE: ¿Por qué no viniste a cenar, Ramiro? Te llamé al Club y me dijeron que no habías estado allí.

RAMIRO: Efectivamente. No fui al Club. Estaba tomando un poco de aire fresco en las afueras de la ciudad. ¿Hay alguna objeción a eso?

ENRIQUE: Ninguna, desde luego. Pero te ruego que nos avises por teléfono cuando intentes permanecer afuera. A tu madre y a mí nos preocupan tus frecuentes ausencias. Hace días que no cenas con nosotros. Apenas se te ve en casa...

RAMIRO: ¿De veras? ¿De modo que mi ausencia preocupa a... tu mujer? ¡Qué amable de su parte! ¿Sabes? ¡Siempre he admirado el noble sentimiento de la maternidad!

(TEODORA continúa tejiendo, fingiendo ignorar la alusión).

ENRIQUE: (Severo) ¡Ramiro! ¿Qué forma de hablar es esa?

RAMIRO: ¿He dicho algo inconveniente?

ENRIQUE: Te advierto que con Gustavo puedes gastarte las insolencias que él desee tolerarte. Pero cuando te refieras a tus padres deberás hacerlo con el debido respeto.

GUSTAVO: (Riendo.) No te va el papel de padre, Enrique. Francamente, no te va. Además, ¿por qué inmiscuir a Teodora en tus preocupaciones paternas? Sabes muy bien que a ella le importa un bledo que Ramiro venga o no venga a cenar.

- ENRIQUE: (Violento.) ¿Quién te autoriza a ti a meterte en lo que no te importa?
- TEODORA: ¿Tendrían la bondad de no tomar mi nombre como pretexto para sus estúpidas discusiones?
- RAMIRO: ¡Ah, después de todo no has perdido la facultad de hablar, mi querida madre! Pero no te inquietes. Enrique no había logrado convencerme de tus inquietudes maternas. Sé muy bien a qué atenerme respecto a tus nobilísimos sentimientos.
- ELISA: ¡Basta! ¡Basta ya! ¡Sois odiosos!
- GUSTAVO: ¿Qué mosca te ha picado, pequeña?
- ELISA: Me dais asco, asco. Jugáis con los sentimientos como si fueran naipes. Hablar. Hablar. Sólo de eso sois capaces; de usar las palabras para ocultar vuestra podredumbre. ¿Es que hay algo en este mundo por lo que sintáis respeto?
- TEODORA: ¿Y qué fuerza moral tienes tú para hablar de juego de sentimientos? ¡Tú, que has jugado al amor como una vulgar ramera!
- ENRIQUE: ¡Teodora!
- ELISA: Es inútil tu caballerosidad española, Enrique. Es inútil usarla cuando de los Mac Donald se trata. Sí, Teodora, ramera. Prefiero esa palabra directa y franca a toda la maraña de inútil palabrería con que ocultáis vuestra civilizada crueldad. Ramera... por amor, por ansia de amor. Pero limpia, limpia, ¿me entiendes? Que si mi cuerpo se ha ensuciado en la búsqueda, mi mente y mi corazón han permanecido limpios. ¡Limpios, Teodora! ¿Podrías tú jactarte de lo mismo?
- GUSTAVO: Si es cosa de exhibir tus miserias, ya has exhibido bastante, ¿no te parece?
- ELISA: Mis miserias son hartamente conocidas. No son mis miserias las que quiero exhibir. ¿No me contestas, Teodora? No, no puedes contestarme. Y sabes bien por qué. Tienes la mente y el corazón podridos. ¡Ah, mujer fiel, íntegra, irreprochable! Sólo tu esposo ha poseído tu cuerpo. Pero ese corazón prostituido, Teodora. Esa mente tuya. ¡Tus pensamientos, hermana!
- TEODORA: (Levantándose, en grito terrible.) ¡Calla! ¡Calla!
- RAMIRO: (Después de una breve pausa.) ¡Así, Mac Donald, así! ¡Así quiero veros! Desnudos de alma. Sin inhibiciones, sin velos, hipócritas que oculten vuestras lacras. Así, desnudos. Mordiéndolos unos a otros. Arrancándoos a pedazos vuestras carnes como perros salvajes. Así, cociéndolos en vuestra propia salsa. Atormentando vuestras almas en el infierno que habéis labrado para vosotros. Así, sin escape posible. Prisioneros de vosotros mismos. Así, Mac Donald contra Mac Donald. Por momentos creéis luchar contra el mundo, pero otra vez os encontráis luchando Mac Donald contra Mac Donald.
- GUSTAVO: ¡No te excluyas del círculo, querido! Si éste es un infierno, en él estás tú también.
- RAMIRO: ¡Por Dios, si existe, que he tratado de estarlo! Me he despreciado tanto y tanto que he hecho lo imposible por pertenecer a vuestro círculo. El Diablo es testigo de que he descendido hasta el último peldaño de la dignidad humana para aprender vuestra lección. Desde hace dos años he luchado intensamente, furiosamente, por ser un Mac Donald. Pero a pesar de todos mis esfuerzos, a pesar de todas mis miserias, no he logrado bajar el nivel vuestro. Confieso mi derrota. No soy "digno" de vuestro apellido.
- ENRIQUE: Ramiro.
- RAMIRO: No, no te conmuevas, Enrique. Porque tampoco me siento hijo tuyo. ¡Tú, el extranjero; tú, apellidado García! ¿Dónde está el orgullo de tu raza? ¿Dónde está el patrimonio del hombre español, ese rabioso individualismo que le hace odiar todo lo que sea gregario, todo lo que signifique sujeción, todo lo que tenga visos de esclavitud? ¿Qué has hecho de tu orgullo y de tu personalidad?

- GUSTAVO: Los ha rendido a las Mac Donald, desde luego, ¿O es que crees que de otro modo le habríamos aceptado en la familia?
- ENRIQUE: Sólo rendí mi amor al entrar en tu familia. No mi persona ni mi raza.
- GUSTAVO: Los hechos demuestran lo contrario.
- ELISA: No discutas, extranjero. El devorar hombres es una característica de los Mac Donald. No tienes otra alternativa.
- RAMIRO: Ser un Mac Donald y estar muerto es una misma cosa. La alternativa es escapar hacia la vida. (A Elisa.) ¿Por qué no lo haces tú? ¿Qué te detiene? ¿Por qué si sientes asco de los tuyos te revuelvas en esta podredumbre?
- ELISA: (Acobardada.) ¿Yo...?
- RAMIRO: Sí, tú. ¿No eres acaso una víctima más del tótem de la tribu? ¿Por qué te resignas al sacrificio? ¿Por qué no huyes? Más allá de esta casa hay otros horizontes. Más allá está la libertad y la vida. ¿Por qué no huyes?
- ELISA: ¡Huir...!
- RAMIRO: Sí, huir. Huir de los tuyos, huir de ti misma.
- ELISA: (Profundamente emocionada.) He tratado tantas veces, Ramiro. Dios sabe que he tratado con todo mi corazón.
- RAMIRO: (Sacudiéndola por los hombros.) No basta tratar. Es preciso hacerlo. ¡Hacerlo, Elisa, hacerlo o perderse para siempre!
- ELISA: (Llorando.) Es demasiado tarde, Ramiro. ¡Demasiado tarde!
- RAMIRO: (Soltándola.) ¡Tarde! = ¡Demasiado tarde! ¡No lo es para mí! (Va hacia el fondo, se vuelve y se acerca a Enrique.) ¿Es tarde también para ti? Tú no tienes la excusa de ser un Mac Donald. ¿Serías capaz de escapar?
- ENRIQUE: Ramiro...
- RAMIRO: ¡Contesta! ¿Serás capaz de volver a ser tú mismo? ¿Podrás afrontar la realidad de tu vida, Enrique García, o prefieres seguir viviendo una vida prestada, una vida que no es tuya? ¡Contesta!
- (ENRIQUE mira angustiosamente a TEODORA. Esta se dirige rápidamente al fondo.)
- RAMIRO: (Interponiéndose entre la puerta del fondo y TEODORA, sin tocar a ésta.) No, Enrique, no podrás hacerlo. Y he aquí la razón ¡He aquí a la mujer!
- TEODORA: (Secamente.) Quiero pasar.
- RAMIRO: (Sin moverse.) Pasa. (Pausa breve. TEODORA se vuelve.) ¿No deseabas pasar? Sólo con echarme a un lado podías haberlo hecho. Yo no habría ofrecido resistencia. ¿Por qué no lo hiciste? (TEODORA se aleja lentamente de la puerta del fondo.) Pero para echarme a un lado habrías tenido que tocarme, ¿no es cierto?
- GUSTAVO: ¡Basta ya de estupideces!
- RAMIRO: ¿Nervioso tú, tío? ¡Qué raro!
- TEODORA: Enrique, ¿es que no puedes hacer nada para acabar con esta cosa absurda?
- RAMIRO: ¡Una Mac Donald solicitando ayuda! ¡Y de un extranjero! ¿No te siente halagado, Enrique?
- ENRIQUE: ¡Ramiro, haz el favor de callarte!
- RAMIRO: Después de todo hay momentos en que salen a relucir tus derechos de marido.
- ENRIQUE: (Imperioso.) ¡Que te calles he dicho!
- RAMIRO: Pero ¿es posible que puedas gritar? Es una novedad oír ese tono de tu voz. El espoleo de la hembra parece ser lo único capaz de calentar tu sangre.
- ENRIQUE: (Avanzando amenazador.) ¡Basta! ¡Basta! (Alzando el puño!) Vas a callar o...

RAMIRO: (Agarrándole la muñeca.) No, Enrique que, no. También para esto es demasiado tarde. (Enrique intenta luchar.) ¡Demasiado tarde he dicho!

TEODORA: ¡Enrique! ¡Suspended esa locura! Gustavo, haz algo...

(GUSTAVO permanece absorto contemplando la escena.)

RAMIRO: (Dominando a Enrique y haciéndole sentar en una butaca.) Es inútil. Si no puedes emplear tus fuerzas para lograr tu libertad, resulta ridículo que las emplees remachando la cadena que te ata. (A Teodora.) No temas, mujer, no le he hecho ningún daño a tu marido. (A Enrique.) Y hace un momento me preguntaba por qué habías rendido tu personalidad. ¿Por amor acaso? No. ¡Por lujuria! ¡Mírala!

(Una luz roja empieza a iluminar a Teodora.)

RAMIRO: ¿Es esa la esposa amante? ¡No! Es la hembra que te desprecia, la hembra que enloquece tus sentidos con su indiferencia. ¡Hela ahí! Erguida, impasible. Observa sus manos. ¡Esas manos ágiles para el tejido!

GUSTAVO: ¡Ramiro!

RAMIRO: Obsérvala también tú, Gustavo Mac Donald. Observa ese cuerpo estéril, observa esa carne inerte. ¿Quién la ha poseído plenamente? ¡Nadie! ¿Qué ha engendrado esa carne? ¿Amor acaso? ¡No! ¡Odio! ¡Observad la estatua! ¡Observad la obra y la encarnación de los Mac Donald!

GUSTAVO: ¡Basta ya! ¡Te prohíbo que hables así de mi hermana!

RAMIRO: ¿Miedo, tío? ¿Miedo a las palabras?

GUSTAVO: ¡Basta!

RAMIRO: No, no basta. ¿Qué ocurre, Gustavo? ¿Estás temblando? ¡Tienes miedo! ¡Miedo! No son sólo las palabras las que te atemorizan. Los hechos también. (Teodora se deja caer en una butaca. El rayo de luz roja sobre ella ha desaparecido.) La vida toda es para ti motivo de terror. ¡Miedo! He ahí la clave de vuestra miseria. ¡Miedo! Observa a Elisa, encogida por el miedo, como un perro apaleado. Observa a Teodora, quien hace un momento se erguía soberbia. Bajo su capa de fingida impasibilidad latía el miedo. El miedo que ya no puede ocultar. Mira a Enrique aplastado por el miedo que le habéis contagiado. Obsérvate tú. ¿Por qué tiembles tú, Gustavo Mac Donald? (Gustavo se apoya en una mesa.) ¡Contesta! ¿Por qué tiembles? ¡Es que sientes el mismo miedo de los tuyos! Miedo, ¿comprendes?, miedo. (Gustavo, acosado por Ramiro, se ha dejado caer en una butaca.) Miedo a enterrar un pasado muerto, Miedo a que el negro crezca tanto que os aplaste. Miedo a la realidad del presente que pueda matar vuestros sueños y vuestros fantasmas. Miedo a lo nuevo, a lo extraño, a lo ajeno. ¡Miedo al futuro! ¡Miedo a la vida! ¡Miedo! ¡Miedo! ¡Miedo!

ELISA: Sí. Es cierto, Ramiro, es cierto. ¡Miedo!

RAMIRO: ¿De qué te vale reconocer tu mal si no haces nada por remediarlo? ¡Cobarde! ¡Cobardes todos! (Se dirige al fondo.)

ELISA: ¿A dónde vas, Ramiro?

RAMIRO: Voy... hacia la vida. No pertenezco a los vuestros. ¡Soy libre! ¿Comprendéis? ¡Al fin libre! Os dejo en vuestro mundo podrido, muerto. (Llega a la puerta del fondo. Se detiene un instante, se vuelve, observa con asco las cuatro figuras vencidas, humilladas, y murmura.) ¡Basura! (SAlE.)

ELISA: (Después de una breve pausa.) ¡Lo hizo! ¡Pudo hacerlo! ¡Ramiro ha escapado! (Se levanta riendo a carcajadas.) ¡Lo hizo! (Coge el abrigo y la cartera de noche y se dirige lentamente al fondo, riendo siempre.) ¡Después de todo, no era un Mac Donald! ¡Pudo escapar! ¡Pudo escapar!

ENRIQUE: (Despertando de su letargo.) ¿Se ha marchado? (Incorporándose.) ¡Ramiro!

TEODORA: ¡No intentes detenerlo!

GUSTAVO: (Bruscamente, a Elisa.) ¿De qué te ríes tú?

ELISA: De nada, querido, de nada.

GUSTAVO: (Levantándose.) ¿Es que te marchas también?

ELISA: Sí... a mi habitación. (Ríe brevemente.) No, no temas, Gustavo. Yo, como tú, soy una Mac Donald. Soy de los vuestros. Buenas noches, familia. Deseadme dulces sueños. (Sale al fondo, riendo arrastrando tras de sí el abrigo.)

ENRIQUE: (Levantándose.) Teodora... ¿Qué significa esto?

TEODORA: Tu hijo se ha marchado. Eso es todo.

ENRIQUE: No me refiero sólo a eso, sino a toda esta pesadilla, a las cosas horribles que aquí se han dicho...

TEODORA: Oh, a veces se habla demasiado, se dicen cosas sin sentido...

ENRIQUE: Y ahy otras que no se dicen, pero se insinúan.

(Gustavo lentamente se dirige al balcón. Durante el resto del diálogo sale al jardín y va a apoyarse en el árbol desde donde observa la escena en la sala.)

TEODORA: (Levantándose.) No te entiendo.

ENRIQUE: (Agarrando bruscamente a Teodora.) ¿Es que me has sido infiel? ¿Cómo te atreves a pensar...?

(La luz general de la sala empieza a languidecer a tiempo que dos dardos de luz iluminan a Teodora y Enrique.)

ENRIQUE: Nunca lo pensé. Pero otros sí, lo han pensado. ¡Contesta! ¿Me has sido infiel?

TEODORA: No.

ENRIQUE: (Abrazándola.) Pero cuando has estado en mis brazos, ¿has pensado en alguien que no sea yo? Dime que no. Dime que has sido mía, sólo mía.

TEODORA: (Fríamente.) Tuya.

ENRIQUE: Sí, es cierto. Es cierto. No podría tolerar el pensamiento de que... Sabes cuánto te quiero, Teodora. Si dudara de tu fidelidad me mataría.

TEODORA: ¿Morir?

ENRIQUE: O te haría morir en mis manos.

TEODORA: Pero ¿es que vivimos?

ENRIQUE: Nunca había experimentado el temor de perderte. Pero esta noche... Esos locos hablaron de cosas... Tuve miedo. Temor de...

TEODORA: ¿Temor? No hay nada que temer. Todo sigue igual, Enrique, todo igual. (Lo rechaza suavemente.) Nada cambia para nosotros. (Se aleja de él.)

ENRIQUE: Te quiero, Teodora.

TEODORA: (Sentándose.) ¿Te das cuenta? Aún tu estribillo es el mismo. (Coge el cesto y se pone a tejer.)

ENRIQUE: (Con desaliento.) Tienes razón. Todo igual, igual.

TEODORA: ¿Por qué no descansas? Hemos tenido demasiada conversación para una noche.

ENRIQUE: Sí, es cierto. Demasiada conversación. Palabras. Palabras.

TEODORA: Siéntate, por favor. No puedo tejer tranquila mientras tú das vueltas alrededor de mi butaca.

(Enrique obedece, vencido.)

ENRIQUE: (Suspirando.) Es inútil... (Coge maquinalmente el periódico.)

(La sala está ahora a oscuras excepto por los dos dardos de luz que iluminan a cada uno de los personajes. Se oye una vez más la música lejana. La luz de la luna empieza a destacar a Gustavo apoyado en el árbol, quien sumido en las sombras, ha estado observando la escena anterior a través de la perta vidriera.)

GUSTAVO:

(Pensando.) Sí, es inútil. Es inútil querer aprisionar el tiempo y la vida en un solo instante. La vida pasa y nos arrastra. El drama tiene su origen, su desarrollo, su eclosión... Pero no tiene final. El final es la vida que continúa su curso implacable, día a día, hora a hora... Monótona, vulgar, terrible. La tragedia no tiene escena final... Se desliza a todas horas entre los dedos febriles de Teodora... Dedos temblorosos de ternura para el amor... Dedos terriblemente impotentes para la maternidad... La paz del hogar... Teodora... Enrique... Elisa, sin brújula, perdida entre los amores que llegan como olas de pasión a su corazón para retirarse de súbito. Sin drama ni tragedia... Llorando un poco... Riendo... Y amando mucho... O creyendo amar... Dejando que la vida la lleve, inexorable, a un estado del cual no podrá escapar: la vejez... Ramiro... Perdido para los Mac Donald... Pero orientado por una brújula cuya aguja señala un norte: LA MUERTE. Y yo aquí enraizado en el solar de los Mac Donald. Sin futuro ni presente... Asido al pasado... enamorado de un recuerdo. Humo... Cenizas... (Los dardos de luz empiezan lentamente a languidecer en la sala de los Mac Donald.) El tiempo pasa... Y la realidad de hoy va hundiéndose en el pasado. Y el pasado se convierte en historia en leyenda... en fábula... (Cae lentamente el telón de gasa.) Lo que hirió el corazón de un hombre, eso que no pudo ocultar al mundo porque el mundo pertenecía, se esfuma para dar paso a la realidad de otros hombres... (La sala, a la izquierda de la escena, queda a oscuras. La luz de la luna sigue alumbrando misteriosamente el jardín destacando nebulosa la figura de Gustavo.) Humo... Cenizas... Es nuestra vida que pasa.

TELON

Departamento de Drama
8 de marzo de 1983

brr

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS